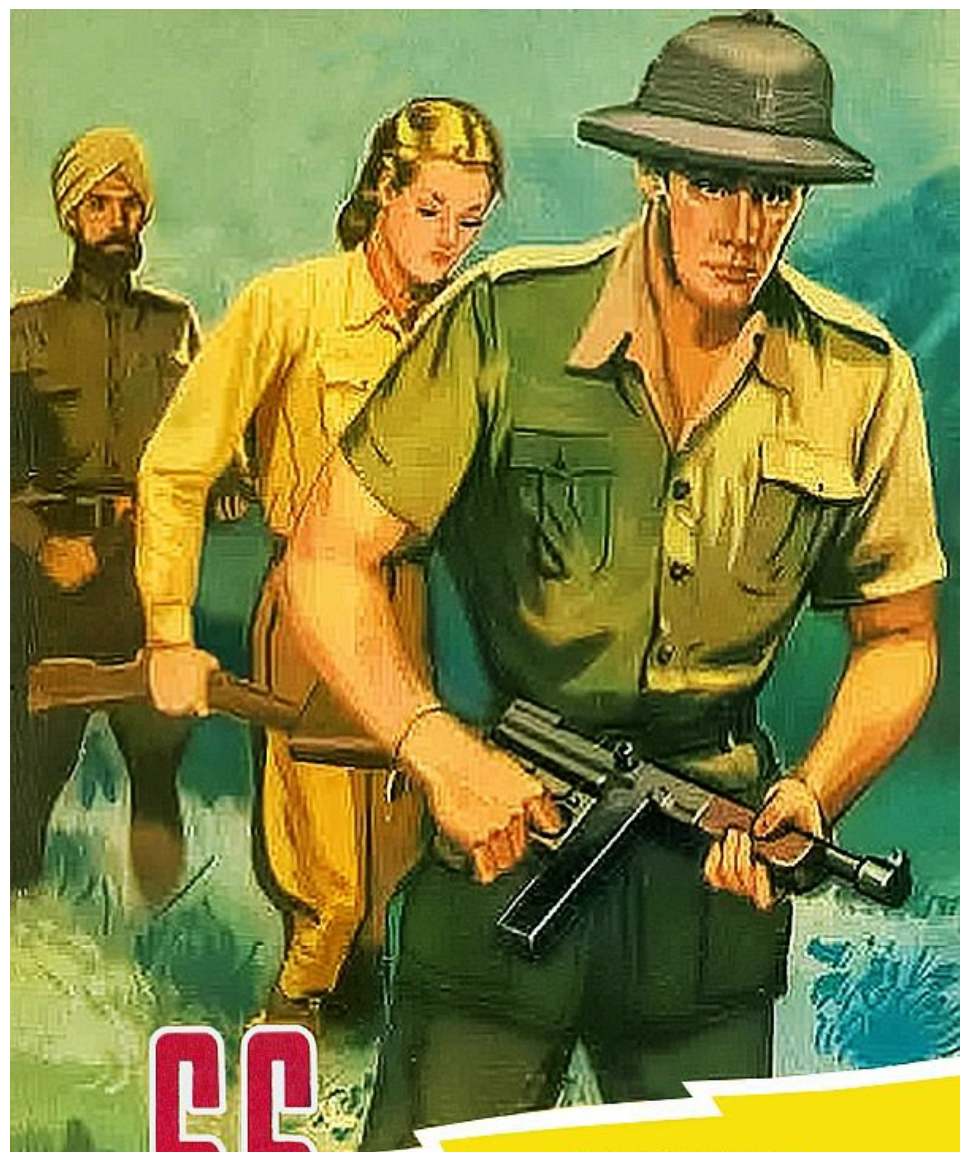




SS

**SERVICIO
SECRETO**

A. ROLCEST

BRIGADA DE CHOQUE

Cuando el aparato se detuvo, infinidad de hilos de agua marcaron la silueta del avión sobre el emparrillado de la pista.

Resultaba extraño. Enfocado por los reflectores de una camioneta, veíase el enorme avión de transporte echar agua por todos lados, como bajo una formidable lluvia. Y ocurría cuando en lo alto brillaba la noche limpísima, en un impresionante torbellino de estrellas.

La tripulación saltó a tierra, dirigiéndose a la camioneta. El último en salir del aparato, al percibir la lluvia, se colocó junto al tren de aterrizaje, extendió una mano y acarició una rueda.

—¡Buen chico! ¡Te has portado como los buenos! ¿Hace una buena ración de café caliente?...



A. Rolcest

Brigada de choque

Bolsilibros: Servicio Secreto - 192

ePub r1.0

jala y xico_weno 06.07.17

Título original: *Brigada de choque*

A. Rolcest, 1954

Editores digitales: jala y xico_weno

ePub base r1.2





A. Rolcest

Brigada de choque

1.a EDICIÓN

ABRIL 1954

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

UNA ESCLUSA EN EL AERODROMO

Cuando el aparato se detuvo, infinidad de hilos de agua marcaron la silueta del avión sobre el emparrillado de la pista.

Resultaba extraño. Enfocado por los reflectores de una camioneta, veíase el enorme avión de transporte echar agua por todos lados, como bajo una formidable lluvia. Y ocurría cuando en lo alto brillaba la noche limpiísima, en un impresionante torbellino de estrellas.

La tripulación saltó a tierra, dirigiéndose a la camioneta. El último en salir del aparato, al percibir la lluvia, se colocó junto al tren de aterrizaje, extendió una mano y acarició una rueda.

—¡Buen chico! ¡Te has portado como los buenos! ¿Hace una buena ración de café caliente?...

En ese momento de un ala se deslizó algo y fue a darle en el rostro. Kleim, el mecánico de vuelo, al primer momento dio un salto.

—¡Vamos, «Buen Jimmy»! ¡No me burlaba! ¡Sé que te mereces una buena ración de calor!...

—¿Qué diablos haces ahí, Kleim? —preguntó el jefe del equipo, capitán Greenly, quien en el momento de ir a subir a la camioneta había oído al mecánico.

—Comprobando la carga de hielo que viajaba de polizón...

—¡No me lo recuerdes!, ¡demasiado sé lo que llevábamos de «extranjis»!

Sí, el capitán Greenly lo sabía demasiado. Lo que algunos de sus compañeros ignoraban era cuán cerca habían estado de la

catástrofe, al cruzar un paso de «La Joroba». Ése era el remoquete que los aviadores norteamericanos habían aplicado al Himalaya...

En la camioneta ya habían montado los tripulantes, a excepción de Greenly y Kleim, cuando al ir a subir estos dos, alguien saltó a tierra.

—¿Qué le ocurre, teniente Sullivan? —preguntó Greenly, dando a su voz una inflexión dulcificada.

—¡Mi máquina fotográfica! ¡Se quedó a bordo!

—No importa. Allí está segura...

—¡Ni pensarlo! Me sería imposible dormir sin tener al alcance mi máquina...

En tanto decía esto corría hacia el aparato. Enseguida desapareció dentro de él.

—¡Ilse! ¡Por lo que más quiera no tarde, que estoy desmayado!

—Manifestó alguien, desde lo alto de la camioneta, frotándose las manos, como si más que hambriento estuviese aterido.

No tardó en reaparecer el teniente del
«W. A. C.».

(«W. A. C.»;

Cuerpo Femenino del Ejército norteamericano.), Ilse Sullivan. El traje de vuelo la desfiguraba un poco. Llevaba puesto el casco. A pesar de todo, se apreciaba enseguida que se trataba de una mujer.

Se acercó a la camioneta, mientras se ponía en bandolera la correa que sostenía el estuche de la máquina fotográfica.

Greenly la esperaba al pie del vehículo. Hizo ademán de cogerla, para ayudarla a subir, pero ella rehuyó sus manos, en un gracioso movimiento, y, con admirable elasticidad, saltó a la plataforma.

—¡Gracias, Greenly! Pero si los demás no han necesitado ayuda...

—¡Oh, sí! ¡El capitán es muy amable a veces! —repuso desde dentro de la camioneta el individuo que antes dijo estar desmayado.

Sonaron algunas risas. Greenly, un poco confuso, disimuló dando unas últimas órdenes al equipo de mecánicos que acababa de acercarse al aparato.

—Para mañana a primera hora debe estar todo listo —dijo al final.

Saltó a la camioneta, y ésta arrancó. Fue en el momento en que el motor aceleraba cuando uno de los mecánicos, al ir a meterse en

el aparato, dijo, mirando al vehículo.

—Mañana a primera hora... ¡Si supierais lo que os espera, hubierais aterrizado en otro campo!...

Quizá si esto lo hubiera oído el capitán Greenly hubiese entrado en sospechas; hubiera pedido aclaraciones, y tal vez, hubiera mandado a su equipo que volviera a sus puestos, y con hielo y todo en las alas, y el estómago vacío, hubieran emprendido el vuelo, buscando otro campo más al interior de la India.

Porque alguien más que Greenly tenía interés en salir a primeras horas de la mañana. Ése era el teniente Sullivan.

—¿A qué hora cree que llegaremos a Calcuta, Capitán Greenly? —preguntó Ilse.

—Depende —contestó vagamente el capitán, aun molesto por la esquivez que acababa de demostrarle la muchacha.

—Sí, depende —agregó Bob, el radio, un individuo que siempre estaba pendiente de sus necesidades físicas—. Si dormimos hasta mediodía...

—Pero se da el caso que saldremos al amanecer —cortó Greenly.

—¡Eso está muy bien, capitán! —aprobó Ilse—. Bob puede dormir en ruta...

—¡No faltaba más que usted, con su máquina y sus informes, para acabar de hacer la vida imposible! —rezongó Bob—. ¡Prisa! ¡Siempre prisa!... Bueno. El diablo, dirá la última palabra... Ahora a cenar...

Pero al radio le aguardaba una sorpresa bastante desagradable en el comedor del aeródromo. La hora era tan avanzada, que el personal de servicio se había acostado.

De todas formas, aun estando despiertos la situación no hubiera mejorado. Para cenar no hubiesen podido ofrecerles más que unas latas de conservas y té caliente. Si soñaban con algo más, suspiraban en balde, porque en el aeródromo parecía haber caído la langosta. El soldado de guardia lo explicó de la siguiente manera:

—Donde ellos se dejan caer, no quedan ni raíces...

Los componentes del equipo quedaron mirándose unos a otros.

—¿Quiénes son «ellos»?

—Los «Chindit».

Era el nombre familiar con que se designaba a las brigadas de penetración a largas distancias, mandadas por Wingate.

—¿Y qué diablos tenemos nosotros que ver con ellos? ¡Estaría bueno! —refunfuñó Bob.

Pasaron al comedor. El capitán Greenly acababa de consultar con los ojos a su equipo, y en todos vio la misma propensión a armar el escándalo. Desde que, como por arte de magia surgió aquel aeródromo en la selva, como tantos otros contruidos en el noroeste de la India, el predominio yanqui había sido casi absoluto.

Los americanos tenían instalada en China una fuerza de bombarderos, con la que daban fuertes mazazos a las comunicaciones marítimas japonesas entre el continente y las Filipinas.

Pero ello no bastaba. Los yanquis querían darle mayor potencia a este recurso, y para ello intentaban montar en China bases desde las cuales, aviones de largo radio de acción, pudieran clavar su lanza en el propio corazón del Japón.

Como la carretera de Birmania estaba cortada, los suministros para la aviación norteamericana en China y también para el ejército chino tenían que ser transportados por vía aérea, saltando las estribaciones meridionales del Himalaya...

Pero hacía unos meses las fuerzas acantonadas en el norte de Birmania parecían haber salido de su letargo. Los americanos no sabían en realidad si atacaban, o armaban polvareda para dar a entender que lo hacían, todo por librarse de coger el pico y hacer carretera...

Eso de la carretera sería un asunto que colearía hasta el final de la guerra. Los americanos consideraban como cosa de la mayor importancia la construcción de una autopista que, empalmando con un ramal que había en Ledo, cruzara quinientas millas de jungla y montañas hasta llegar a territorio chino.

Los americanos presionaban sobre el mando británico para que cuanto antes reconquistaran el norte de Birmania.

Pero a los ingleses no les entusiasmaba la idea de combatir en gran escala en aquel escenario, que consideraban el más ventajoso para los japoneses. Y en cuanto a abrir la ruta a China, a basé de pico y país consideraban que era una tarea inútil para los fines que perseguían, pues seguramente se terminaría antes la guerra que la autopista...

—¡Bien! Haga usted las «gestiones pertinentes» para que nos

preparen cena y cama —indicó Greenly, mirando de hito en hito al soldado de guardia.

—¡A sus órdenes, capitán! —respondió el soldado.

Saludó y se marchó, al tiempo que canturreaba para sus adentros: «¡Otra bronca a la vista!... ¡Ta, tal! ¡Y van tres! ¡La que se va a armar!».

El equipo juntó dos mesas, y se sentó. Sólo había luz donde ellos estaban. El resto del pabellón permanecía en la penumbra.

No obstante la poca luz, se apreciaba el desorden y suciedad que reinaba en la sala. Por cualquier parte se veían restos de comida y envases de conservas.

Se notaba un fuerte olor a tabaco, y por todo el suelo había colillas.

—¿No será en realidad una «piara» lo que ha pasado por aquí? —preguntó con sorna Kleim.

—¡Sea quien sea, lo que yo digo es que me estoy muriendo de hambre! —proclamó Bob, dando una palmada sobre la mesa.

Ilse se había desabrochado el casco y se lo había echado hacia atrás, sin dejar que su corta melena rubia se esparciera. En torno a su gracioso rostro veíase la huella de la mascarilla de oxígeno, señalada con grasa. Sus grandes y hermosos ojos garzos quedaron un momento entornados, como para captar mejor algo que sucedía lejos.

Con el ademán indicó a Bob que callara, y al instante, todos en silencio, miraron al fondo del pabellón. Nada se veía, pero bastó con oír. Fuertes, profundas respiraciones llegaban de allá. Y de pronto, un potente, descomunal ronquido, con silbido de proyectil, pareció batirles.

—¡Atiza! —exclamó Bob—. ¡Quién fuera ese tío!...

Greenly, rojo de cólera, se puso en pie:

—Pero ¿qué aeródromo es éste? ¡Voy a ver al comandante del campo!...

—¡Señores! ¡Las reclamaciones en la otra ventanilla! ¡Pero no molesten aquí! —dijo una voz gruesa, desde el fondo del pabellón.

—¿Quién dice eso? —gritó Greenly, frenético.

—Uno que quiere dormir —contestó, secamente, el de la voz gruesa.

—¿Dormir?... ¡Creo que sí que va a dormir nadie! —vociferó el

aviador, echando fuego por los ojos. Y mirando a la muchacha—: ¡Anote eso, Ilse! ¿Para qué ir a China a hacer informes? ¡Los tiene en la misma base aliada, a dos pasos del Cuartel General! ¡Un aeródromo tomado por asalto, conquistado «bravamente»... por nuestros amigos británicos!

—¿Por qué grita tanto, capitán? —interpeló alguien, asomando por la puerta, seguido a dos pasos del centinela—. Los muchachos duermen...

Era una voz recia, en la que se notaba una suavidad forzada. El recién aparecido era un individuo alto, moreno, de fuerte mentón y ojos acerados. En su boca, de trazo duro, brillaba una sonrisa, entre cortés y burlona.

Vestía uniforme británico. Greenly iba a replicar con gran violencia, cuando reparó en las insignias de coronel. Esto le hizo cambiar de actitud. Una graduación superior, aunque fuese de otra arma y de otra nacionalidad, siempre era un valor.

—Comprendo lo que les sucede, señores... Pero no se preocupen. Ya están atendiendo...

Hubo una breve pausa, en la que todos parecieron estar midiéndose con los ojos.

—Resulta un poco pintoresco este aeródromo —comentó Greenly.

—Oh, aun hay peores —replicó el británico.

Con el ademán invitó a todos a que se sentaran.

—Les ruego hablen bajo —añadió, en tono verdaderamente amable—. Los muchachos se encuentran un poco agotados...

—¿Cómo duermen aquí? —preguntó Ilse.

Su limpia voz hizo que el coronel volviera rápido la cabeza, para mirarla, como si sólo entonces se diera cuenta de que en el grupo había una mujer.

—Siempre resultan más cómodas estas barracas, que la intemperie...

—¡Pero utilizar el comedor! ¿No hay otros departamentos? —intervino Greenly.

—Todo está lleno.

—¡Atiza! —exclamó Bob—. ¡Eso quiere decir que no tendremos cama!...

—Todo se arreglará, no se preocupen —advirtió,

tranquilamente, el británico.

En ese momento aparecían unos soldados trayendo unas latas de conserva, pan y una tetera. Bob no pudo contener su mal humor.

—¡Valiente idea ha sido detenernos aquí! ¡Esto no es un aeródromo!

—Tal vez no sea un hotel —apuntó, suavemente, el británico—. Por lo demás, no creo que han hecho ustedes mal en detenerse... Según tengo entendido, sufren ustedes avería...

—El externo de estribor rateaba un poco —explicó Greenly.

—¿Nada más que eso? Estén ustedes tranquilos. El equipo mecánico de este campo es muy experto...

—Es nuestro único consuelo. Tan pronto rompa el día pensamos partir...

Greenly, Ilse y el resto del grupo no supieron ver nada en aquel momento. El coronel británico se había sentado a un extremo de las mesas, y permanecía de lado. Cuando el capitán del grupo manifestó su propósito de marcharse cuanto antes, las facciones del británico, de trazo duro, aunque algo dulcificadas por la actitud cortés que había adoptado, sufrieron una sutil transformación.

—Tan pronto rompa el día... Sí. Puede que sí —murmuró.

No sonreían sus labios. Sin embargo, en toda su cara se veía algo tan acusadamente irónico, que parecía imposible que nadie del grupo se diera cuenta.

Quizá esta torpeza obedecía a que no sabían aún con qué clase de individuos se las entendían. El coronel Danny Harrik, en los momentos en que no daba rienda suelta a una furia arrolladora, descansaba manteniéndose en una postura de suave ironía, pero que a la larga resultaba tan temible como sus estallidos de cólera.

—¡Sería chusco que permaneciéramos aquí una temporada! —comentó el radio.

—¡No diga tonterías, Dob! —le cortó la muchacha, adoptando un aire de supremo énfasis—. ¡Es absolutamente preciso que mañana esté en Calcula!

Danny Harrik la miró por segunda vez. Parecía haberle chocado el tono solemne que había empleado, pero al mirarla al rostro, todavía más gracioso con sus tiznajos de grasa, pareció propenso a soltar la risa.

No llegó a hacerlo. Se levantó y dijo:

—Señores: Les deseo una excelente cena... Hasta luego.

Se marchó. Cada cual, con su lata de conserva delante, se quedó mirando hacia la puerta por donde había salido el británico.

—¡Este tío nos está tomando el pelo! —rezongó Kleim.

—A lo mejor el hombre cree que lo hace bien —insinuó otro.

El capitán Greenly permanecía taciturno. La muchacha le instó a que hablara:

—¿Qué piensa, capitán? La acogida que nos han dispensado, ¿forma parte del humor británico?

—Vale más aceptar las cosas como vienen —repuso Greenly, tratando de ocultar el oscuro resquemor que desde el primer momento sentía contra el británico—. La ocasión de protestar llegará a su debido tiempo...

Se pusieron a comer. Durante unos momentos permanecieron callados. Fue Ilse quien rompió el silencio, diciendo de pronto:

—¡Cuánta vanidad disfrazada de sencillez hay en ese hombre!

—¿Qué hombre? —inquirió Bob, con la boca llena.

—¡El británico! ¿No se han fijado ustedes? En el momento de sentarse, todo él gritaba: «¡Fíjense! Soy tan sencillo, que no vacilo en sentarme a su mesa...». ¡Y esa sonrisita de perdonavidas!...

—¡Teniente Sullivan! —exclamó Greenly, tan sorprendido, que el bocado que ya tenía ingerido se paró a mitad del trayecto.

—¿Qué le ocurre, capitán? —preguntó la muchacha.

Pero Greenly tuvo que beber primero unos sorbos de té, antes de poder contestar.

—No me ocurre nada, teniente... Únicamente que me admira la gran cantidad de cosas que en unos segundos ha captado de ese individuo...

La muchacha rompió a reír. Su dentadura aun pareció más blanca al contraste de su tez morena por el sol y los tiznajos.

—¡Es usted divertido, Greenly!... ¡Verdaderamente divertido!...

Hacía ya tiempo que se había dado cuenta de que el capitán Peter Greenly estaba enamorado de ella. Esto, ni le gustaba ni le desagradaba. Sencillamente: no le importaba lo más mínimo.

Pero ahora, al sorprender un relámpago de celos, la cosa cambiaba. Sintió la tentación de probar aquel juego.

—No me negará que el tipo es bien pintoresco para pasar inadvertido, capitán... ¿Y sabe qué estoy pensando? Que casi

convendría adularle un poco... Por lo visto es quien aquí hace y deshace. Creo que todos ustedes deberían prestarle mayor atención. Por mi parte, tan pronto lo vea, pienso dedicarle mi mejor sonrisa. Por nada del mundo quiero que me falle mi llegada a Calcuta, a ser posible, antes de mediodía...

Se dio cuenta de que algo ocurría, porque en ese momento a Bob se le fue de las manos el trozo de comida que iba a meterse en la boca. Y eso en él resultaba casi inverosímil.

Pero por si ello fuera poco, el toque de alarma lo advirtió también en la mirada de sus compañeros situados enfrente de ella, quienes miraban en dirección a la puerta.

Ilse se volvió, rápida. A un paso de la muchacha estaba el británico, un pie más alto que ella, con los ojos un poco entornados y manteniendo en los labios una sonrisa incisiva.

—¿Cómo dice, señorita...?

Ignoraba el nombre. Ella se irguió:

—¡Teniente Sullivan!

—Gracias... ¿Qué sonrisa pensaba dedicarme, teniente Sullivan?

Ilse parpadeó. Una oleada de ira le enrojeció el rostro.

—¿Es correcto, coronel, prestar atención a conversaciones ajenas?...

—Tan correcto como hacer befa de quien comparte con nosotros su comida...

La joven soltó una risa nerviosa. La cosa resultaba demasiado insólita. Durante unos segundos no supo qué contestar. De pronto se volvió a mirar a sus compañeros.

—¿Pero oyen ustedes?... «¡Su comida!»...

Y empujando violentamente al centro de la mesa cuanto tenía delante, replicó:

—¡Por mí... ahí queda!...

El coronel Danny Harrik sonreía:

—No he querido presentarles factura, teniente Sullivan... Solamente hacerles notar que esta pobre cena que les he ofrecido, es un sacrificio que hacen todos mis hombres. Se hallan en vísperas de emprender una larga y difícil marcha, y, por algún tiempo, no van a contar con más recursos que los que tienen ahora...

Desde el fondo del comedor llegaba como algo intencionado que quisiese dar un trazo grotesco a aquella situación algo dramática, el

estupendo ronquido con silbido de proyectil.

—¿Van ustedes a la selva? —inquirió Bob—. ¡Pues si se llevan esa rana!...

El radio, más que vituperar al que tan a gusto dormía, parecía envidiarle.

—Sí... Nos dirigimos a la selva... Y usted, teniente Sullivan, ahórrese su mejor sonrisa. No puedo asegurarle que llegue usted a Calcuta antes de mediodía...

Le volvió la espalda, y dirigiéndose al jefe de grupo, indicó:

—Tan pronto deseen acostarse, un soldado les conducirá a los dormitorios... Aunque le ruego, capitán, que usted, antes de acostarse, pase por el pabellón de Comandancia. Estaré esperándole...

Lo dijo en tono suave, sin la más leve alteración en la voz ni en el gesto. Sin esperar respuesta, saludó, y ya volviéndose, deseó:

—¡Que descansen, señores!...

CAPÍTULO II

UN «PETARDO». ENTRE LOS «CHINDITS».

El sargento Cheycher fue el primero en darse cuenta. La luz del amanecer empezaba a proyectar un cuadrilátero en la pared de la barraca. Era la hora del primer cigarrillo.

Se incorporó un poco, extendió un brazo, y se puso a hurgar en la mochila que tenía en el suelo. Fue así, teniendo la cabeza vuelta a un lado y la mano dentro de la mochila, cuando hizo un aspaviento.

Retiró, rápido, la mano, como si dentro de la mochila, más que un paquete de cigarrillos, hubiese palpado un venenoso bicho. Se removió, y quedó sentado sobre el camastro.

—¡Diablo! ¿Estoy borracho?

Pero él estaba seguro de no haber bebido la noche anterior. ¡Oh, no! Hacía una eternidad que no había probado el *whisky*. Desde que salieron de la base. Cinco días lo menos.

Empezó a restregarse los ojos, con tal fuerza, que creyó que éstos estallaban, en cegadores chispazos.

La luz violeta que entraba por la ventana, por momentos iba siendo más clara. El contorno de las cosas iba vigorizándose.

—¡Ni sueño ni estoy borracho, qué narices! ¡Esto está claro!

Y tan claro. El ser que había echado sobre el petate inmediato, era sencillamente una mujer. ¡Pero qué criatura! A pesar de que el traje de vuelo en que se hallaba enfundada, ancho y desgarrado, la desfiguraba, Sólo podía verle los pies, descalzos de las enormes botas que permanecían plantadas en el suelo, como dos enormes jarrones. Los pies, pequeños, y el rostro, algo sucio de grasa, con

aquel halo de cabellos rubios esparcidos sobre la almohada.

Ilse Sullivan dormía profundamente. Y como tenía vuelto el rostro hacia el camastro de Cheycher, el sargento, pasado el primer momento de estupor, volvió a meter la mano en la mochila, sacó un cigarrillo, le prendió fuego, y apoyando un codo en la cabecera, quedó recostado, para contemplarla con todo detenimiento.

La conclusión a que llegó fue la misma del principio: «¡Es un crío precioso!».

Luego se puso a cavilar qué diablos hacía aquella muchacha allí. Ni por una sola vez se le ocurrió pensar que ella tomase parte de la expedición. ¡Ni hablar! Conocía de sobra al jefe. Cuando se hallaban en vísperas de una operación, sentimentalismos, mujeres, y lo que era peor: *whisky!*, quedaba totalmente extirpado...

—Bah... Está claro —dijo, apenas se fijó en los otros camastros.

Veía caras desconocidas, todos envueltos en la misma ropa de vuelo. Aviadores americanos.

Cuando el sargento se acostó, en la barraca, sólo había los componentes de dos tripulaciones británicas. Ahora veía a muchos más, y entre ellos abundaban los uniformes yanquis.

«Han llegado los refuerzos que esperaba el jefe —pensó. Hizo una mueca y agregó—: Hoy salimos...».

Poco a poco afuera crecía el trajín. El sargento saltó del petate. Lo hizo sin pensar, en un movimiento maquinal.

Ya de pie en el suelo reparó en que sus calzones, que dejaban al aire sus torcidas y flacas piernas, no eran lo más adecuado para estar ante una señorita.

Horrorizado, dio un manotazo a la cobertura y se la puso a modo de «sarong».

Se enfiló, confuso, apresurado, los pantalones caqui. Unos pantalones que le dejaban las piernas tan desnudas y torcidas como antes, pues apenas le llegaban a las rodillas, pero ya le pareció distinto.

En tanto se acababa de vestir, en algunos petates mucha gente despertaba. Y en casi todos, al primer momento, la mioma expresión. Primero, paseaban la mirada distraída a lo largo de la barraca, como importándoles un bledo el sitio en que se bailaban. Y de pronto, algo vivo asomaba en sus caras, como si de súbito se dieran cuenta de que su permanencia allí no era normal. Algunos se

quedaban sentados en su jergón. Su mirada saltaba de un lecho a otro.

Y a los pocos instantes, todas las miradas permanecían clavadas en el camastro donde se veía una cara de muñeca, con tiznaos de grasa y un áurea melena.

Por gestos fueron transmitiéndose el alerta. Y sólo cuando los compañeros de Ilse despertaron, se rompió el silencio.

El primero en hablar fue Kleim, el mecánico.

—¡Día nuevo, niños! ¿Qué tal hemos pasado la noche?

Miró primero a Ilse. Luego el camastro que tenía al lado, y se le echó encima. El radio despertó de un salto.

—¿Eh? ¿Qué ocurre?

—Ocurre que ya es de día... —respondió Kleim, en tanto paseaba la mirada a su alrededor—. ¿Y Greenly?

En ese momento despertó Ilse. Se incorporó rápida. En unos segundos se enfilo las botas, sin mirar a nadie. Ya de pie, se arregló los cabellos coa las manos.

—¡Qué! ¿Nos vamos? —preguntó, siempre sin mirar a nadie.

Levantó la almohada, y de allí debajo sacó el estuche de cuero donde tenía la máquina fotográfica.

Lo que antes hizo el sargento Cheycher, al ponerse la cobertura a modo de «sarong», hacían ahora otros muchos, cohibidos por la presencia del teniente Sullivan.

La muchacha parecía darse cuenta de aquella confusión porque de repente, dirigiéndose hacia la puerta, anunció:

—Me voy por ahí...

En la puerta se tropezó con alguien.

—¡Perdón, señorita! —dijo el sargento Cheycher, que era quien, al ir a salir al mismo tiempo que ella, había tropezado.

—¡Teniente! —corrigió Ilse.

—¡Ah, sí! ¡Bien, teniente! ¡Disculpe!...

Ya los dos fuera de la barraca, la muchacha miró hacia un extremo del campo donde se veían largos pabellones de los que no cesaban de salir soldados.

—¿Ésos son los «Chindits»? —preguntó, al aire.

El sargento Cheycher lo oyó, y retrocedió unos pasos.

—¡Si, teniente! ¡Yo también pertenezco a los «Chindits»!

Si Cheycher se hubiese acordado de sus piernas torcidas y flacas,

quizá hubiese adoptado una actitud más modesta. Aparte tenía una nariz tan chata, una boca tan grande y unos ojos tan pequeños, que cuando Ilse le miró, no pudo menos que contener su réplica, para pasear una mirada lenta, de arriba abajo, como si no quisiera perder detalle de la bizarría del sargento.

—¡Vaya! —Zumbó, plegando graciosamente sus labios finos y rojos.

—Un poco cómico, ¿verdad, teniente? —preguntó Cheycher, con una franqueza que desarmaba.

—¿Un poco nada más? —Y la joven apenas pudo contener la risa.

—Todo es acostumbrarse —añadió el sargento, encogiéndose de hombros.

—¿Quién manda toda esa fuerza?

—¿Quién? ¡Danny!... ¡Un excelente jefe! ¡Y un buen muchacho! ¡De veras!...

—Conque Danny...

—¡El coronel Danny Harrik! ¿Cómo usted no lo sabe y se encuentra aquí?... ¡Hum! ¿Sabe el jefe que usted se encuentra entre nosotros?

—Supongo que sí —respondió, con retintín, la joven.

—Ya. ¿Cuál es su misión entre nosotros?... No me diga que es enfermera. El coronel detesta a las enfermeras...

—No soy enfermera; pueden estar tranquilos...

El sargento miraba entonces hacía un pabellón aislado. La puerta acababa de abrirse, y empezaron a salir algunos oficiales.

—¡Ha habido reunión de jefes! —comentó el sargento—. ¡Esto está ya maduro!...

Miró hacia un extremo del campo, donde se alineaban varios aparatos de transporte. Se puso a contarlos... Antes de terminar la cuenta, hizo un gesto de disgusto.

—Aun creo que no habrá bastantes...

—¿Bastantes para qué? —inquirió ella, súbitamente interesada.

—Para nuestro transporte. Hace ya dos días que debimos haber salido...

En ese momento, de la barraca dormitorio salían los compañeros de Ilse. La muchacha volvió bruscamente la espalda al sargento británico, y se dirigió a sus compatriotas.

—¡Oigan! ¿Saben lo que presiento?...

Con el ademán les indicó que se apartaran de la barraca. Un poco más allá, formaron corro.

—¿Dónde está el capitán? —interrogó Ilse.

—Estoy por asegurar que no ha dormido en nuestra barraca —respondió Kleim—. Anoche le deje en el pabellón de jefes...

—¡Ahí viene! —anunció Bob.

Efectivamente: varios oficiales de infantería y de aviación, se acercaban en pequeños grupos. Unos, discutiendo acaloradamente; otros, callados, con aspecto taciturno... Uno de estos últimos era Greenly.

Al ver a sus camaradas, se separó de los que le acompañaban y fue hacia ellos. Traía cara de pocos amigos.

—Greenly no ha dormido —comentó Bob.

Algo más que eso le había ocurrido. Al llegar ante su dotación, dijo, con la mirada clavada en el suelo:

—Señores: Tengo que notificarles que nos hallamos en poder de un loco...

Dejó una breve pausa, y agregó:

—Tenemos aquí una especie de Napoleón, gracias al cual la guerra va a dar un brusco viraje...

Quería parecer tranquilo, hablar en un tono jocoso, pero se notaba en él una sorda cólera pronto a estallar.

—¡Hable claro, capitán Greenly! ¿Qué ocurre? —inquirió, con ansiedad, la muchacha.

—Nuestro coronel británico se ha estado adueñando de cuantos aparatos han tenido la ocurrencia de aterrizar en este infecto aeródromo. Los ha estado reteniendo hasta conseguir los «taxis» suficientes para pasear a sus chicos... con otros dos aparatos llegados aquí después que nosotros, parece que están casi satisfechos sus deseos. Es la única suerte que nos ha cabido: el no tener que esperar mucho...

—¿Esperar qué? —saltó Ilse—. ¿A dónde vamos a ir?

—Rumbo sur. Muchas millas detrás de las líneas japonesas... Hay que hacer varios viajes de ida y vuelta...

—Pero... ¡yo he de estar en Calcuta!...

—Ya. ¡Dígaselo a nuestro «Napoleón»! —replicó Greenly, sarcástico.

Los ojos garzos centellearon de ira. No muy lejos de donde estaba este grupo, había otros corros de yanquis; algunos, hablando con aire de enfado; otros, demostrando haber tomado la cosa con mayor filosofía, riendo a carcajadas...

—¡Capitán! ¿Y usted va a consentir...? —empezó la muchacha. Greenly hizo un gesto cansado.

—Mire, Ilse. Nos hemos pasado la noche en vela. A ese hombre le hemos abordado de todas las formas. No hace caso de amenazas ni de ruegos... El tiene una idea fija, y no hay quien le saque de ella. Todos hemos llegado a la convicción de que nos hallamos a merced de un loco. De un loco frío, que da sus golpes con pulso tranquilo... Lo peor es que su gente le sigue con verdadero fanatismo...

Extendió la vista por el campo, e hizo un ademán con el brazo.

—La mayor parte de esa gente no está tan distraída como aparenta. Todos los aparatos están custodiados. El puesto de radio se halla rigurosamente controlado... Cuando emprendamos el vuelo, tendremos pistolas a nuestras espaldas, encañonándonos... Y lo que todavía es peor...

Tragó saliva y agregó:

—Parece que realmente posee una orden del Mando Supremo dándole carta blanca para actuar...

—¡No está tan loco, pues! —arguyó Kleim.

—La existencia de esa orden es algo que hemos deducido de sus palabras. Desde luego, no se ha dignado mostrárnosla. El solo asegura que no rehuirá ninguna de las responsabilidades que esto pueda acarrearle...

—¡Y allá él si lo intenta! —dijo Ilse, con voz sorda—. Por mi parte, removeré cielo y tierra hasta conseguir que él pague este desafuero... ¡No me lo explico, capitán Greenly, como ninguno de ustedes ha conseguido pararle los pies!...

—¡Y que sea un británico! —rugió Bob.

Eso era lo que más les molestaba. Que precisamente fuera un inglés el que les obligase a cambiar de rumbo. Por lo demás, a la mayoría parecía importarles un comino entretenerse en dar pasadas sobre la jungla, desparramando *gurkhas* y soldados occidentales. Tanto les daba hacer esto como dirigirse a Chungking, transportando víveres y municiones a los chinos.

—¡Yo tengo necesidad de salir de aquí esta misma mañana! — insistió Ilse, obsesionada por una idea fija—. ¡Y eso, ningún británico lo va a impedir, por flemático que sea!...

—Pues ahí lo tiene, teniente —apuntó Greenly, señalando en dirección al pabellón del que hacía unos momentos habían salido los oficiales.

Casi tocando el dintel de la puerta se veía al coronel Harrik, hablando con un teniente mucho más bajo que él, quien no, cesaba de poner papeles ante su vista. Danny, tras darles una ojeada, los firmaba, con aire de tener prisa.

A unos pasos de él aguardaba un soldado. Danny lo vio, y le hizo un gesto para que se acercara. Le dijo algo, y el soldado echó a correr en dirección a los grupos de aviación.

—¡Todos los equipos! ¡Al pabellón de órdenes! —gritó al pasar junto al grupo de Greenly.

—¡Esperen un momento! —advirtió Ilse, tras haber permanecido unos instantes con los músculos tensos, mirando al británico.

Echó a andar hacia donde estaba Danny. En ese momento el jefe británico puso la última firma. Ilse llegó a tres pasos de él en el preciso instante en que Danny se guardaba la pluma, y decía al teniente:

—¡Circule la orden de formar con todo el equipo!

—¡Inmediatamente, señor!

Ilse Sullivan esperó a que el teniente se fuera. Danny no parecía haberlo visto. Al creerse solo, encendió un cigarrillo y tras permanecer unos momentos pensativo, echó a andar, precisamente de cara a Ilse, pero sin parecer verla.

Ella comprendió que aquel engolado jefe estaba dispuesto a pasar por su lado, sin aparentar que se daba cuenta de su presencia.

—¡Un momento, coronel! ¡Necesito hablarle! —dijo la joven yanqui, con voz un poco quebrada por la ira.

Danny pareció despertar, Dio medio paso atrás, denotando en su mirada la sorpresa que le causaba aquella forma de abordarle.

Incluso por su modo de mirar a la mujer, diríase que se había olvidado de que ella existía.

Poco a poco, por la expresión, se vio que localizaba aquella imagen.

—¿Usted es el teniente?... ¿Teniente?...

Hizo un movimiento con la mano, como si fuera a chascar los dedos.

Ilse espetó:

—¡Teniente Sullivan!...

Danny exageró el gesto, como si alguien se le hubiese presentado diciendo: «¡El almirante Nelson, a sus órdenes!».

—¡Ah, ya! ¡El teniente Sullivan!... Muy bien. ¿Qué desea? Pero espere. Usted pertenece a la dotación del «Buen Jimmy»:...

El «Buen Jimmy» era el cuatrimotor que tripulaba el equipo de Greenly.

—¡No pertenezco a su dotación! ¡Voy con ellos, como viajero especial...!

—Ya... Viajero «especial» —repitió Danny, con cierta sutil sorna.

—Sí... Y debo poner en sus conocimientos que es *absolutamente preciso* que antes de mediodía esté yo en Calcuta.

—Me parece muy bien. ¿Y qué puedo yo hacer por usted? ¿Desearle buen viaje?...

—¡Coronel! ¡Como ciudadana norteamericana, más que como miembro del

«W. A. C.»,

tengo que participarle que el humor británico nunca me ha hecho gracia!

—No me interesan lo más mínimo sus gustos, teniente... Si no tiene nada importante que decir, vuelva a su grupo...

Hizo ademán de echar a andar, pero la muchacha le cortó el paso.

—¡Usted no puede impedir que yo llegue con tiempo a mi destino! ¿Sabe lo que va en ello?

—¡Ohh, sí! Creo habérselo oído decir a su compatriota, el capitán Greenly... En el retraso que pueda sufrir usted, creo que va mi cabeza y... el futuro de la guerra. ¿No es eso lo que significan sus instantáneas de China y sus informes? Pero no sufra, teniente Sullivan. La Comisión de Préstamos y Arriendo podrá aguardar sus informes durante veinticuatro horas... y otras tantas podrán esperar los lectores de los periódicos. Porque tengo entendido que también es usted periodista...

—Por desgracia para usted hay unos cuantos millones de lectores detrás de mí —replicó Ilse, con aquél su gesto de supremo

énfasis que ya le chocó al británico la noche anterior—. ¡No pienso callar nada de cuanto he visto aquí!

—Ah. Pero ¿ya ha visto usted algo? Veo que no le falta imaginación... Hasta ahora yo había considerado que lo interesante, de existir, iba a producirse un rato después de que todos esos aparatos despegasen. ¡Lástima que su compañía no me sea tan grata! De Jo contrario le hubiera instado a que nos acompañara...

Otra vez se dispuso a avanzar, pero Ilse no se movió, cerrándole el paso. Danny entornó los ojos, adoptando un gesto de marcada ironía.

—¡Retírese, teniente!... Y para lo sucesivo, si algo tiene que decir, diríjase a su jefe de grupo...

Con la mano derecha hizo un leve ademán, y el teniente Sullivan quedó a un lado, como un arbolito que el simple aliento de un tanque hubiese tronchado.

Danny se alejó, con paso recio, en dirección al pabellón donde ya estaban confluyendo los equipos de vuelo. Ilse se quedó sola, en una gran área completamente desamparada. Durante unos instantes permaneció aturrida.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. De súbito, en un acceso de ira se volvió, diciendo:

—¡Ah, no! ¡A mí no me perdonas tú la vida!...

Tan nublados tenía los ojos, más que por las lágrimas, por la cólera, que no vio que el grupo de Greenly había seguido toda la escena, y ahora permanecía aguardándola.

Llegó hasta ellos sin verlos.

—¿Qué tal le ha ido, teniente?

Era Bob quien se lo preguntaba, con la mejor buena fe.

—¡Oiga usted, Bob! —contestó Ilse, fuera de sí—. ¡Un tragón como usted no me toma el pelo!...

—¡Me guardaré muy bien, teniente! Aunque si he de decir verdad, sus cabellos son preciosos...

Bob, el radio del «Buen Jimmy», solía cometer muchos errores. Pedía comida cuando no había, y gastaba cuchufletas a gente que estaba dada a los demonios.

Ilse, tremante de ira, se irguió:

—¡Sargento! ¡Le recuerdo que se dirige a un superior!...

Otro error del radio fue soltar una carcajada. Pero apenas lo

hizo, una de las finas manos del teniente Sullivan, más reacias de lo que cabía esperar, arrancó un rotundo chasquido de una de las mejillas de Bob.

El grupo quedó inmóvil, mirándose unos a otros estupefactos, Muchos que pasaban en aquel momento, y otros que se hallaban parados cerca, volvieron la cabeza, intrigados.

Por unos instantes Bob pareció echar fuego por los ojos. Cualquiera diría que iba a lanzarse sobre Ilse, o replicar a golpes. Pero enseguida, adoptando un gesto risueño, miró a Greenly:

—Creo que esta bofetada está dentro del Reglamento. ¿No es cierto, capitán?...

—¡Basta de tonterías! —cortó Greenly, queriendo recobrar a toda marcha su autoridad—. ¡Estamos dando un espectáculo!

Ilse permanecía seria, con gesto apesadumbrado. Ya no parecía tan erguida como antes. Miró al radio:

—¡Bob!... ¿Me quiere perdonar?... ¡Ese maldito británico me ha sacado de quicio!...

Era una palabra mágica. En el coronel Harrik encontraron todos la salida a aquella desagradable escena.

—¡Estoy muy nerviosa!...

—¡Naturalmente! ¡Sí, lo comprendo!... ¡Ese tío va a hacer que todos nos volvamos locos! —Manifestó Bob.

—¡Ya hemos visto con qué displicencia la escuchaba! —agregó Kleim—. Desde luego, es exasperante.

—Debió hacerme caso, Ilse —comentó Greenly—. Ya le advertí que no conseguiría nada...

—Allá lo tienen —apuntó Kleim—. Ha estado mirándonos...

Todo el grupo se volvió al pabellón de órdenes. En ese instante el coronel Harrik les daba la espalda, y cruzaba el umbral.

A paso ligero venía hacia ellos el sargento Cheycher.

—¡Las dotaciones completas! ¡Al pabellón de órdenes! —gritaba. Llegó ante Greenly, y le saludó:

—¡Capitán! ¡De parte del coronel Harrik! ¡Acudan inmediatamente!

Todos los grupos aéreos se encaminaban al citado pabellón. Algunos ya iban vestidos con ropa de vuelo.

—¡Vamos! —dijo Greenly, secamente. Y echó a andar sin mirar a nadie, como queriendo cortar con ello toda posible objeción de

alguien del equipo.

Uno tras otro fueron detrás del capitán. Ilse se quedó la última. Pero cuando por fin se decidió a seguirles, el sargento de las piernas torcidas le atajó:

—¡Teniente! ¡Usted no!

—¿Cómo?

—Orden superior... En el pabellón de órdenes sólo pueden entrar los equipos de vuelo...

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo?...

—Él coronel me lo ha dicho... Dice que usted misma le ha confesado que no pertenece a la dotación del «Buen Jimmy»... Desde luego, hay dos pegas en usted. Algo así como mis piernas torcidas y mi nariz chata...

Ilse le miraba con verdadero estupor.

—¿Qué demonios dice usted?

—Digo, que hay en usted dos pegas para que el trato con el coronel tenga la cordialidad debida. Una se refiere a que es usted periodista. ¿Es cierto? ¿Le da usted a la pluma?... ¡El coronel detesta a los periodistas!...

Ilse se cruzó de brazos, en actitud estoica.

—¿Y la segunda pega? —preguntó, forzando una voz tranquila.

—Que es usted mujer... Cuando se acerca la hora de la verdad, el coronel no quiere mujeres a su alrededor. Ni mujeres ni periodistas. Sí; a la hora de la verdad, quiere la verdad a secas... ¡Tal vez demasiado a «secas»! —terminó Cheycher, pasándose la lengua por los labios, y acordándose para su tormento, que en el mundo había una cosa que se llamaba *whisky*.

Ilse permaneció pensativa. Tras un largo silencio, dijo:

—Está bien... Veo que no hay más remedio que cumplir las órdenes.

—Oh, sí. Con el coronel Harrik uno no tiene más remedio que cumplir las ordenanzas. Fuera del servicio, resulta el mejor amigo nuestro... ¡Pero descuídate cuando la verdad asoma las narices!...

—¡La verdad! —repitió Ilse—. ¡Valiente verdad la que llevará ese hombre a cuestras!...

Algo que ocurría en el centro del campo atrajo su atención. Largas hileras de soldados con equipo de paracaidistas, cruzaban el campo en dirección a donde estaban los aparatos.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Que vamos a salir... Bueno, van a salir. Yo lo haré en el segundo viaje..., gracias a usted.

—¿A mí?

—Sí. Usted se quedará aquí hasta que el «Buen Jimmy» esté de vuelta... En atención a usted, el coronel ha decidido que el «Buen Jimmy» sólo haga un viaje...

—¡En atención a mí! —exclamó la muchacha, rechinando los dientes.

—Sí. El coronel quiere que se marche usted cuanto antes... Ha visto como le daba usted una bofetada a uno de sus compañeros, y ha dicho: «Tenemos que deshacernos cuanto antes de ese petardo».

Ilse palideció. Se mordió los labios y desvió la mirada, para que el Sargento no advirtiera el efecto que aquello le había producido.

Como si de pronto hubiera dado la conversación por terminada, volvió la espalda a Cheycher y echó a andar, en cualquier dirección. A los pocos pasos se dio cuenta de que el sargento la seguía. Dio media vuelta, colérica:



—¿Qué hace usted?

—Acompañarla, teniente...

—¡No necesito su compañía!

—Pero a mí me es necesario cumplir las órdenes...

Ilse entornó los ojos:

—¡Ah, vamos! ¡Estoy vigilada!... Ya. No en balde soy un petardo...

—Crea, teniente, que estoy pasando un mal momento. Estos encargos no son para mí... Pero al coronel parece que le divierta hacerme pasar estos malos ratos...

Hasta en las piernas torcidas de Cheyher veía Ilse una burla del coronel británico. Seguramente en toda la brigada no había un hombre con aspecto más grotesco para ponerlo de guardián.

—Sí, siempre hace lo mismo —siguió el sargento, con aire

contrito—. ¿Encarguito difícil? ¡Allá va, para el sargento Cheycher! ¿Que no hay que beber? Cheycher ha de ser el primero que tenga la boca seca... Pero lo que me digo: Si me he acostumbrado a mi pinta de mico, ¿por qué no me he de acostumbrar a las bromas del coronel?...

De todo aquello, sólo una cosa había captado Ilse: que el sargento era el primero en tener la boca seca...

En la barraca dormitorio, junto al camastro, tenía todavía su mochila. Y en ella, en el paquete del botiquín, una pequeña botella de *whisky*... para casos de «emergencia»...

En tanto se dirigía a la barraca, seguida del sargento, Ilse iba pensando en qué momento sacaría a la vista de Cheycher la botella.

Se mordió los labios, para matar la sonrisa que ya había aparecido en ellos...

La reunión en el pabellón de órdenes parecía haber terminado, pues los equipos estaban saliendo. Algunos se dirigían a las barracas, para ultimar su indumentaria de vuelo.

Mareaba aquella vasta extensión cruzada por hileras y más hileras de soldados, con la mochila y el paracaídas a la espalda. Infinidad de motitas blancas bullían en la extensa llanura, alumbrada por un sol radiante y cercada por la verde muralla de la selva.

El grupo de Greenly vino al encuentro de Ilse. El capitán se esforzaba por aparecer alegre.

—¡Buenas noticias, Ilse! ¡Vamos a salir!... ¡Enseguida vendremos a recogerla!...

—¡Ya lo sé! —respondió la muchacha, con alegre despreocupación.

Aquella alegría sorprendió un poco al grupo. Greenly la miró intrigado:

—¿Es que no nos cree, Ilse? Esta tarde ya podremos estar en Calcuta...

—Ya lo sé, Greenly —repitió—. Y le agradezco el interés que se ha tomado por mí... ¡Dense prisa! Les deseo un buen vuelo.

Instantes después, el equipo salía del dormitorio perfectamente equipado. Al saludar a Ilse, ésta parecía haber cambiado de humor. Se despidió de todos ellos como si no tuviera que verlos más...

CAPÍTULO III

LA CARA DE LA VERDAD

A medida que iban posándose en tierra, se desprendían del correa que les sujetaba al paracaídas, lo plegaban apresuradamente y a paso ligero se dirigían a una zona desnuda de vegetación, que era donde ya se habían asentado los primeros en aterrizar.

El ámbito aéreo parecía convertido en el sueño de un borracho. De lo alto venía de todo. Enormes fardos de víveres, municiones, bicicletas, dos «jeeps», varios mulos, alguna pieza de artillería...

El fragor de motores no cesaba un instante. Asomaba un aparato y empezaba a evolucionar, vaciando su vientre. Y tan pronto desaparecía por donde había venido, asomaba otro. Y otro...

En todo momento el espacio estuvo lleno de burbujas de paracaídas, junto con los primeros que aterrizaron, cayeron varias ametralladoras. En unos instantes quedaron emplazadas en los montículos, desde los que podían batir los claros de la selva próxima.

Otros procedieron a instalar tiendas de campaña. Pequeños tractores empezaron a traquetear, apenas posados en tierra, En varios sitios se amontonaron rollos de emparrillado de alambre, que no tardarían en ser desenrollados. Se engancharían unas tiras con otras, formando sobre el suelo una red metálica. Los claros de las mallas dejarían crecer la hierba, y a los pocos días, la pista ya estaría disimulada, capaz para soportar el aterrizaje de los bombarderos más pesados.

El coronel Harrik, acompañado de personal técnico, iba de un extremo a otro de aquella zona despejada y aislada, por momentos

más vasta.

De vez en cuando, una elevada palmera se desplomaba, cortada de cuajo. Potentes tijeretazos hacían retroceder la selva. Seguía la lluvia de paracaidistas...

Sólo cuando la tarde empezó a declinar, cesó el tronar de motores. Entonces, Danny Harrik reunió a sus oficiales. La conferencia fue breve. Todo había funcionado a la perfección y cada compañía, cada pelotón, se encontraba en su sitio.

—Pasado mañana este aeródromo debe hallarse en condiciones de rendir el máximo —dijo Harrik, dirigiéndose al jefe de zapadores—. He mandado algunas patrullas de exploración... Nada anormal han advertido, pero todos ustedes saben quiénes son los japoneses. Alerta en todo momento... Tan pronto anochezca, el grueso de las fuerzas va a salir hacia el norte. El plan es sorprender la primera línea por la espalda. Cortaremos las vías de comunicación que hallemos al paso, para impedir que el enemigo se abastezca. Nosotros nos suministraremos por el aire...

Esto último era para conocimiento de los oficiales. Al proseguir, lo hizo hablando otra vez al jefe de zapadores:

—Dígame cuánto personal necesita para la custodia del campo...

—El que usted indique —respondió el otro.

—No —cortó Danny, con gravedad—. Nada de deferencias inútiles... He dispuesto el emplazamiento de ametralladoras en los sitios que he considerado más eficaces. Pero eso implica que usted, como comandante del aeródromo, rectifique cuanto considere oportuno. Quiero partir de aquí con la convicción de que a mis espaldas queda este puesto debidamente garantizado... Diga cuanta fuerza necesita...

Momentos después, una compañía de *gurkhas*, al mando de un oficial británico, quedaba como fuerza de protección del aeródromo, todavía a medio construir.

Los demás elementos de choque quedaron divididos en dos columnas. Harrik expuso rápidamente el plan a realizar. La primera columna la mandaría el propio Harrik, La segunda el comandante de batallón, Stevens, un hombre corpulento y de cara llena de cicatrices, veterano de la jungla.

Las dos columnas saldrían al mismo tiempo, pero cada una por distinto camino. Convinieron una clave y un tiempo para

comunicarse por radio.

Cada oficial volvió a su puesto. Los preparativos para la marcha se hacían a toda velocidad. El sol ya estaba desapareciendo. De un momento a otro daría una zambullida en el horizonte, y la noche se volcaría sobre la selva.

Hubo un momento en que Danny Harrik se encontró solo, y a la entrada de la tienda en que acababa de efectuarse la reunión. Encendió un cigarrillo y miró en la dirección en que se veía un cielo rojizo. Y de pronto, dio una voz. Uno de sus ayudantes acudió presuroso.

—¡A sus órdenes, señor! —¿Alguien de ustedes ha visto al sargento Cheycher?— preguntó Harrik.

—El sargento Cheycher... ¡Sí, señor! Creo haberlo visto entre los que forman la Segunda Columna...

—¿Y quién lo ha designado allí?

—Supongo, señor... —vaciló el ayudante.

—No suponga nada. Haga venir al sargento Cheycher... En todo el día no lo he visto. Que se presente llevando todo el equipo.

—¡Inmediatamente, señor!

—Ah... Y fíjese si al notificarle esta orden, echa algo de su mochila.

El ayudante sonrió... La afición de Cheycher a la bebida, era demasiado conocida de todos.

El ayudante creía adivinar la intención del jefe al recamar con tanto rigor la presencia del patizambo. Seguramente llevaba algo camuflado... Quien tenía que mandar la segunda Columna, el comandante Stevens, en estas cosas solía tener manga ancha.

Cuando el ayudante se hizo con el sargento y le comunicó la orden del jefe, vio que Cheycher palidecía. Estaba limpiando su fusil, y el cerrojo se le fue de las manos.

En silencio, con evidentes temblores en todo el cuerpo, fue a recoger sus cosas, siempre vigilado del ayudante. Terminado esto, se encaminaron hacia la tienda del Mando.

Encontraron a Harrik hablando con los oficiales. Esperaron a que éstos terminaran, y así que pudieron acercarse, por la forma con que Benny les miró pareció que ya se había olvidado de ellos.

—¡A sus órdenes, señor! —dijo Cheycher, cuadrándose.

—¿Qué hay, sargento? —preguntó Harrik, con aire distraído y

sin mirarle.

Pero esta indiferencia sólo duró unos segundos. Enseguida, en actitud de quien se pone en guardia ante un gran peligro, se volvió rápido para mirar lleno de recelo al sargento:

—¿Dónde has estado metido todo el día?

—¿Dónde?... En la base. He venido en la última expedición...

—¿Por qué en la última? El «Buen Jimmy» sólo hizo un viaje.

El sargento asintió con movimiento de cabeza.

—Tu misión en la base terminaba tan pronto «Miss Tonterías» hiciera mutis...

Al tiempo que hablaba Danny, daba pagos hacia el sargento. Éste, como si temiera que fuera a pegarle, retrocedía.

Harrik extendió un brazo, y le cogió del pecho.

—¡Ven aquí!...

Apenas lo tuvo cerca unos segundos, pero le bastó.

—¡Me lo figuraba!... ¡Sargento, se había dado la orden de no beber!... A mí me importa un comino mandar una brigada de borrachos. Lo que no me es indiferente es que mis subordinados no puedan contener sus inclinaciones... ¡Sargento Cheycher! ¡Hace tiempo que te advertí que te sentaría la mano! Sabes que tengo retenida la propuesta de tu ascenso, y me parece que se va a hacer amarilla en mis carpetas...

Quedó en silencio. Danny se situó de espaldas a Cheycher, observando los movimientos de la tropa que se estaba colocando en orden de marcha.

—Sargento —murmuró Danny, todavía de espaldas—. ¿Echaba chispas «Miss Tonterías», en el momento de marcharse?

No hubo respuesta.

—Durante el tiempo que has estado con ella, ¿de qué habéis hablado?

Respondió el mismo silencio. Danny fue volviéndose. Cuando sus ojos se encontraron con Cheycher, sufrieron otra vez el mismo estado de alarma de momentos antes.

—¿Qué sucede?

Pero el sargento, como si en su abultada mochila llevase toda una carga de hielo, se estremecía, en tanto su rostro, de continuo encarnado, estaba casi verde.

Las manos de Danny le agarraron por los hombros.

—¿Que ha ocurrido? ¡Contesta enseguida!...

—¡Lo ignoro, señor!... Sólo sé... que... Que ella no ha salido en el «Buen Jimmy»...

—¿Por qué?

Cheycher se encogió de hombros, dando la sensación de que se aliviaba de una soga con nudo corredizo que tenía en el cuello.

—¿Cómo que no lo sabes? —rugió Danny.

—«Miss Tonterías» no es tan tonta como creíamos, mi coronel... Quería burlarse de nosotros, y lo consiguió... Bueno, se ha burlado de mí... Sin que yo pueda decir cómo, cuando menos me lo figuraba, desapareció de mi vista... He revuelto toda la base, sin resultado. Pensé que cuando llegara el «Buen Jimmy», ella aparecería, pero que te crees tú eso... ¡Ni rastro! ¡Y mire que sus compatriotas y yo la hemos buscado!...

Una exclamación de cólera salió de la boca de Harrik. Con los ojos llameantes miró a Cheycher.

—¡Maldito patizambo! ¡De ésta te quedas sin galones!... Todas las dificultades que esto me acarree las vas a pagar con creces...

Ya estaba obscureciendo. Allá delante, las dos columnas permanecían formadas, esperando la orden de marcha. Las dos rayas pardas se contundían con el manchón de la selva.

Con la misma rapidez que había surgido en Danny la cólera, parecía haberse extinguido. Su rostro tenía ahora una expresión divertida.

—Me parece que voy comprendiendo... Dime la verdad, Cheycher —pidió Harrik, sin voz de enfado—. ¿Qué has convenido con ella?

—¿Yo? ¡Nada, coronel!

—No me mientas... Hueles a *whisky*. ¿Te lo ha dado ella?

—Pues... No. Se lo he quitado... El primer impulso fue bueno. Era un artículo prohibido en la base... Luego...

—¡Está bien! ¡Sígueme!

En grandes zancadas. Danny se encaminó hacia donde aguardaba la tropa. A una voz de mando, los hombres se pusieron firmes.

Harrik permaneció unos momentos a la cabeza de las dos columnas. Luego, se metió por entre ambas y siguió andando, hasta llegar a la cola.

Ya no había luz suficiente para ver los rostros. El silencio era tan completo, que casi se oía la pulsación de los soldados.

Cuando Danny volvió a ponerse en cabeza, su cara tenía una expresión verdaderamente divertida. Cualquiera diría que había encontrado algo muy chusco en aquella revista, hecha casi a ciegas.

El comandante de la segunda columna recibió las últimas órdenes de Harrik, y partió, torciendo hacia la izquierda. Danny esperó a que sus pasos quedaran ahogados por la espesura.

Entonces se volvió a los suyos. Iba a dar la orden de marcha, cuando reparó en el sargento.

—Colócate en mitad de la columna —le indicó.

Lo que Cheycher quería era desaparecer de la vista de Harrik. Cada vez se sentía más confundido. Le parecía verdaderamente alarmante la facilidad con que había salido de aquel paso.

Se apresuró a obedecer. Y antes de que él llegara a la mitad de la columna, ésta se puso en marcha.

Esperó, de cara a ellos, y cuando reconoció a los componentes de un pelotón con los que tenía bastante afinidad, se mezcló con ellos.

Fue ya en la selva, un rato después, cuando el paso tenía que ser sigiloso, y las órdenes tenían que darse por contacto o por voces de pájaro. Cheycher percibió unos golpecitos en un brazo. Marchaban ahora en fila de a uno. El sargento se volvió y...

—¡Demontre!... ¡Ay, mi abuela!...

Había dado un salto saliéndose de la fila, como si con ello fuese a esquivar la mordedura de un venenoso reptil. Sus exclamaciones no habían sido hechas en voz muy alta, pero sí lo suficiente para que cuantos había a rededor se produjera la alarma.

Cheycher se dio cuenta enseguida, y volvió a su puesto.

—¡No es nada! —dijo—. ¡Adelante!...

Y cuando la marcha se reanudó con normalidad, el sargento se volvió a medias para preguntar a quien le seguía:

—¿Por qué ha hecho esto, teniente? ¡De ésta me fusilan!...

Respondió una fina risa, que a Cheycher le pareció que tenía el corle de un afilado cuchillo.

—Soy muy curiosa, sargento... —respondió Ilse Sullivan, bajando la voz lo más posible—. Y he querido ver por mis propios ojos lo que ustedes llaman... «La hora de la verdad»...

—¡Mal hecho! —reprochó el otro, con voz llena de angustia—. ¡Ojalá haya remedio!... La verdad que nos aguarda es muy fea, teniente...

—Todo es cuestión de acostumbrarse... Por lo demás, ya me estoy divirtiendo a cuenta del momento en que su coronel se entere de que estoy aquí. Mal que le pese, va a tener una mujer y un periodista en la columna... ¡Vaya sorpresa que se va a llevar!...

—¡Desde luego! —rezongó el sargento, con ánimo de condenado a muerte—. No puede usted figurarse lo sorprendido que va a Quedar... ¡No lo sabe usted bien, «Miss Tonterías»!...

—¿Cómo dice?

—Perdone. Es el nombre que ahora le da el coronel. Parece que lo de «petardo» ya ha pasado al olvido...

En ese momento, alguien llegó desde la cabeza de la columna. Era uno de los ayudantes de Harrik.

—¿Sargento, Cheycher? ¿Anda por aquí el sargento Cheycher?...

El sargento salió de la fila:

—¡A sus órdenes!

—Atienda esto: El coronel me ha dicho... ¡Maldito si lo entiendo!... Me ha dicho que transmita al *teniente Sullivan*, que aun no ha llegado la hora de hablar... ¿Entendido?

—¡Demasiado, mi teniente! —respondió el sargento.

—¡Pues que me aspen si lo he entendido yo!

Y el ayudante se fue corriendo para ponerse de nuevo en cabeza.

Cuando el sargento se reintegró a su sitio, preguntó, casi con el aliento:

—¿Ha oído, teniente?

Pero ni siquiera así, con el aliento, respondió Ilse Sullivan, porque en aquellos instantes hasta el aliento le faltaba...

* * *

Avanzaban hacia el norte siguiendo el ferrocarril. Cinco brigadas «Chindit» pululaban por la selva, produciendo estragos, construyendo pistas de aterrizaje, impidiendo el paso de refuerzos...

Una división japonesa había sido sacada de Siam, con propósitos de barrer los «Chindit». Éstos lo sabían y permanecían alerta, pero sin interrumpir por un momento su tarea de destrucción.

Había sesenta mil soldados británicos e indios, con su formidable equipo moderno, cercados en la planicie del Imphal.

En Kohima había tres batallones en lucha desesperada. Un batallón británico, otro nepalés y otro de Fusileros de Assam.

Desde Kohima se dominaba el valle a Assam. En las estribaciones de los elevados montes próximos al poblado, los japoneses batían las carreteras principales de Dimapur e Imphal.

La situación era comprometida para los aliados. En Kohima su posición defensiva había quedado reducida a una sola montaña, en la que permanecían todos los hombres en condiciones de empuñar un arma, incluso los convalecientes del hospital.

El plan de los japoneses era bien ambicioso. Cortar la carretera de Dimapur y el ferrocarril, dejando a las fuerzas americanas sin ruta de abastecimiento. Además, aspiraban a anular el puente aéreo estadounidense a China.

Se dilucidaban, pues, por aquellos días, problemas de la máxima trascendencia en el norte de Birmania.

Pero si comprometida era la situación de los aliados, no lo era menos la de los japoneses. La misma táctica que pusieron éstos en juego semanas antes en su ofensiva de Arakán, en lo que al final tuvieron que retroceder, dividiéndose en pequeñas partidas, hambrientos y desesperados, ponían ahora en su más calculada ofensiva. No contaban casi con abastecimientos.

Llevaban víveres escasamente para unos días. Éste era un recurso de doble filo. El soldado japonés, ya de sí belicoso y fanático, miraba los objetivos a cubrir con un doble afán: por lo satisfacción del deber cumplido, y por algo primordial: por el instinto de vida.

En los objetivos a cubrir estaban los almacenes de los aliados, repletos de víveres y municiones. Allí se abastecerían y proseguirían la marcha hacia el interior de la India.

Para los japoneses, la península de Malaca, y toda la Indonesia, había sido un rico manantial de víveres y armas. En ocasiones encontraron cañones y aparatos de aviación todavía dentro de las cajas. Depósitos de combustibles en perfecto uso. Ingentes montañas de municiones.

Pero los japoneses olvidaban que habían transcurrido más de tres años de guerra. Y en ese tiempo, la moral de victoria se estaba

desplazando al bando contrario.

Las fábricas de Inglaterra, de los Estados Unidos y del Canadá producían al máximo. La escuadra norteamericana ya había roto el arco japonés en el Pacífico. Las costas de la Nueva Guinea, las Gilbert y las Aleutas, ya no conocían la amenaza nipona.

Esto, sencillamente, quería decir que si las rutas del mar habían pasado a manos de los aliados, no menos iba a ocurrir con las de tierra y, principalmente, con las del aire...

En éstas precisamente estaba la clave. Los bombarderos de gran radio de acción achicaban el planeta. No había rutas largas ni barreras infranqueables. Desde China, Tokio estaba siendo machacado. Desde bases situadas en la India, los defensores de Imphal y Kohima recibían por vía aérea toda clase de refuerzos. Llovían víveres, municiones, material sanitario... Cosas totalmente negadas a los japoneses.

La aviación nipona se batía en retirada. ¡En Manda! Ay habían estado concentrando gran número de aviones, pero precisamente los Comandos aéreos, después de soltar en la jungla su carga de hombres, se había desplazado unas pocas millas más y habían dado unos cuantos mazazos a aquella concentración.

Por consiguiente, los japoneses que embestían en el norte de Birmania, no contaban con un eficaz apoyo aéreo. Y tenían que ver impotentes cómo de lo alto se descolgaba todo un aluvión de preciosas materias, en tanto tenían noticias de que unas millas más atrás, miles y miles de hombres avanzaban para atacarles por la espalda...

De Siam fue sacada precipitadamente una división japonesa sin más fin que barrer a los «Chindit».

* * *

Pasado el primer momento de estupor, la joven norteamericana, Ilse Sullivan, decidió encajar el golpe con la flema de un típico inglés. Veía que ya no podía contar con el factor sorpresa. Pero le quedaba lo esencial: ver cuánto ocurriese en aquella «parodia de guerra»...

Porque para Ilse, aun al tercer día de dura marcha a través de la selva, aquella acción todavía no tenía sentido. Había presenciado la

destrucción de un puente, la voladura de un depósito de municiones, el corte varias veces repetido de una estrecha vía de ferrocarril...

Pero todo aquello seguía pareciéndole pura parodia. También ella solía tener ideas fijas. Y una de estas ideas era que los ingleses producían esta polvareda con el fin de distraer la mirada fiscalizadora del Mando norteamericano.

Los estadounidenses exigían una campaña en gran escala para llegar a Rangún. Este puerto era importante, pero los ingleses veían que quedaba demasiado lejos del Japón. En el sur de Birmania quedarían encallados los británicos, sin poder figurar en primer plano en la liberación de Extremo Oriente. Ese tanto sería para los norteamericanos, mientras que los ingleses permanecerían en último término, con pico y pala, destruyendo la autopista de Ledo a China...

Cada vez que Ilse presenciaba la operación de minar una pista, para producir en ella varios barrancos, o la voladura de un puente, comentaba:

—Como son incapaces de construir, destruyen...

Siempre que decía esto la oía el sargento Cheycher, que parecía constituido en su inseparable guardián.

Al principio estos sarcasmos afectaron un poco al patizambo. Pero por último ya no le hacían mella. Por otro lado, la muchacha se apresuraba enseguida a remediar:

—No quiero ofenderle, Cheycher... Pero es que esto me parece inútil...

—¿Y por qué no intenta hacérselo comprender al coronel? —preguntaba el sargento.

Estas palabras rebotaban de ironía, tal vez a pesar del mismo que las pronunciaba. En los tres días de avance, Danny Harrik parecía no haber tenido aun tiempo para acordarse de que en la columna llevaban a un «huésped de honor».

—A este «señor» no tengo por qué decirle nada... Ya llegará el momento de que otros sepan...

—¿Los millones de lectores que hay a sus espaldas, Ilse? —preguntó el sargento.

—¡No bromea, Cheycher! ¡Sentiría mucho tener que reñir con usted, porque a pesar de todo, le aprecio!

Bien podía hacerlo, porque el sargento era el único que parecía dedicado a allanarle las mil dificultades que surgían en la marcha. Era también el único occidental que había a su alrededor. Casi toda a brigada de Harrik se componía de *gurkhas*, bravos muchachos, pero que apenas sí podían hilvanar unas torpes frases en inglés.

Además miraban a la norteamericana con un respeto casi supersticioso, y en cuanto podían, se alejaban de ella. Algunas veces Ilse pensaba si aquel aislamiento obedecía a órdenes dadas por el jefe de la columna. Y así se lo expuso a Cheyher.

—Lo ignoro, Ilse —manifestó el sargento—. Pero casi puedo asegurarle que no. El coronel se halla muy ocupado, y es seguro que no se acuerda de usted...

—¿Y tampoco de usted, sargento?

—¡Ojalá fuera así! Me temo que de mí sí que se acuerda, y me está preparando una... ¡En qué mal momento sacó usted su botellita de *whisky*!... No pudo usted atacarme por un punto más débil... Aunque todavía no me explico por qué lo hizo. Si era por meterse en este infierno, no creo que valiera la pena...

—¡No llame a esto infierno! ¡No es más que un paseo aburrido!... —replicó la muchacha, soltando una risa hiriente, llena de burla e ira.

Aquello fue como una señal para que se produjera algo largo tiempo preparado.

Era a media mañana, y se hallaban en un sitio al que habían llegado al amanecer. La columna se había fraccionado inmediatamente en grupos, seguramente para producir algunas demoliciones.

Ilse esta vez no sintió ningún deseo de acompañarles. Sabía demasiado lo que iba a ocurrir. La perforación del suelo, dejándolo bien atacado de dinamita, y unos cuantos estallidos... Eso ya le aburría de verdad.

Ella y el sargento se habían quedado cerca de la tienda que constituía una especie de eje sobre el que giraba la tropa, ahora esparcida. Muy pocos soldados habían quedado de retén...

Hacía ya unas horas que el grueso de la fuerza se había alejado. Y ninguna detonación llegaba hasta la base.

Esta vez, las perforaciones debían de ser más costosas que de costumbre. La mayor tranquilidad reinaba en la zona. En torno al

campamento, unos mulos libres de carga ramoneaban pacíficamente...

Y fue precisamente en el instante en que Ilse lanzaba su irritada risa cuando sonó el primer disparo.

Y de pronto, como si millares y millares de lanzaderas entrasen en acción para acabar de tejer la espesura, silbaron las balas por doquier, dejando tras sí un rugiente e invisible hilo.

Una lluvia de hojas empezó a caer de los árboles. Multitud de pájaros emprendieron el vuelo, chillando espantados, dejando en el espacio una sensación de cristales rotos.

Los soldados de retén acudieron prestos a coger las armas y a situarse tras los árboles. Miraban al interior de la selva, pero a nadie veían...

Ilse había quedado unos momentos inmóvil, como petrificada. Fue Cheycher quien, cogiéndola con brusquedad, la obligó a echarse.

—¡A tierra, Ilse! ¡Y no se mueva!

La empujó a un pequeño hoyo que casi la ocultaba del todo. El sargento se colocó al pie de un árbol, en cuclillas, y apoyó sobre unas piedras su fusil ametrallador.

Pero enseguida cambió de sitio. El desplazamiento transversal del fusil era muy limitado, y dejaba una extensa zona en ángulo muerto.

Se situó al amparo de la vertiente de un pequeño montículo. Allí ofrecía un blanco más seguro al enemigo, pero también podía dar mordiscos más eficaces.

Seguían las invisibles cuchillas segando ramas. Y ningún enemigo aparecía a la vista.

Cheycher, con los músculos tensos, observaba en la red de ramas. Allá detrás, los soldados de retén permanecían en la misma angustiosa espera.

Ilse, intensamente pálida, seguía dentro del hoyo; sus ojos, desmesuradamente abiertos, estaban fijos en Cheycher, esperando que de un momento a otro éste fuera a exclamar; «¡Ha sido una falsa alarma! ¡Son los nuestros!...».

Pero en lugar de esto vio que el sargento se volvía a mirarla y le decía, en amargo reproche:

—¡Teniente Sullivan! ¡El peor tropiezo que el coronel y yo

hemos tenido ha sido usted!...

—¿Por qué dice eso? —replicó la joven, verdaderamente dolida —. ¡Yo no les estorbo!...

El sargento hizo una mueca, y se volvió a mirar a la selva.

—¡Usted no nos estorba!... ¡Si usted no estuviera aquí, yo me hubiera ido con los otros! Ahora mismo me filtraría en la espesura.

Ilse, en un ramalazo de orgullo, hizo ademán de incorporarse.

—¡Márchese! ¿Qué aguarda?... ¡No se preocupe por mí!...

El sargento la contuvo.

—¡Quieta ahí!... ¡Por favor, Ilse! ¡Si a usted le ocurriera algo...!

No terminó de decirlo, pero la muchacha creyó adivinar algo muy significativo.

—¿Qué? ¡Nada podría a usted sucederle! ¡He venido por mi voluntad!...

—El coronel no lo entiende así... El dice que, puesto que yo he contribuido a que usted se metiera entre nosotros, con mi cabeza debo responder de su vida... ¡Ésa es la broma que me ha preparado el jefe! ¡Bonita misión! ¿No le parece, Ilse?...

La muchacha se sintió empujada a un amargo humorismo.

—Para usted sería más fácil defender un barril de *whisky*, ¿no es así, Cheycher?

—¡No bromea, teniente!... ¡Esto es muy serio... Lo peor va a ser...! ¡Ahí están!...

Al tiempo que lo decía, su fusil ametrallador empezó a petardear. Los casquillos saltaban formando un pequeño arco. Casi en el mismo instante, allá detrás, los soldados de retén abrían el fuego.

Entre los troncos de los árboles y redes de lianas veíanse avanzar, casi a gatas, a soldados japoneses. La borrachera de disparos del primer momento había amainado, como si ya se hubieran dado cuenta de que el objetivo que atacaban no merecía tanto derroche.

Por su parte, Cheycher y los otros soldados también escatimaron sus disparos.

Cada vez que apretaban el gatillo era para dar en el blanco. Y casi simultáneamente, aquí y allá, la silueta de un enemigo quedaba inmóvil, sin el menor grito de angustia, sin tan siquiera un estremecimiento dramático. Simplemente quedaba quieto. Y a no

ser por el manchón de sangre que aparecía de súbito en cualquier parte del cuerpo, diríase que su inmovilidad obedecía al agotamiento.

Pero tras la primera fila de enemigos aparecía otra. Ilse, no pudiendo resistir aquella espera, desenfundó su pistola y, arrastrándose, se aproximó al sargento. Éste acababa de hacer tres disparos seguidos.

Al percibir que alguien se movía cerca, volvió la cabeza. No llegó a decir nada. De pronto soltó el fusil, y se encogió. Sobre su camisa se plasmó una viva hombrera de sangre.

La reacción de Ilse no se hizo esperar. Todo su terror desapareció. Rápidamente se guardó la pistola y empuñó el fusil ametrallador del sargento.

Fue en el momento preciso. Tres japoneses acababan de surgir de la barrera verde, con la bayoneta calada y avanzaban ligeramente encorvados, como si pisaran sobre un suelo blando...

Ilse soltó una ráfaga cuando apenas los tenía a cinco pasos. Los tres nipones parecieron iniciar media vuelta. El fusil se les fue de las manos, Una de estas armas cayó a media yarda de donde estaba la muchacha, quedando medio clavada en el suelo.

Una oleada de japoneses empezó a estremecer ramas. Veíanse apenas sus uniformes en la verde red...

Allá detrás, los soldados de retén habían vuelto a un fuego alocado, de desesperación. Parecían haber decidido todos gastar las municiones en salvas definitivas, adornando sus últimos segundos.

Pero estas salvas quedaron ahogadas por un estruendo imponente. Otra vez, como en el principio, millares y millares de lanzaderas reanudaron su alocado tejer. Y otra vez empezó a desprenderse una lluvia de hojas.

Y algo todavía más impresionante. Aquel círculo de enemigos, que por momentos era más estrecho, quedó de pronto roto por varios sitios.

Algunos, simplemente quedaban en cuclillas, quizá manteniendo todavía bien sujeto el fusil. Otros daban media, vuelta, para apuntar atrás...

Pero el tronar de nuevas armas se percibía cada vez más cerca. El petardeo de varios fusiles ametralladores era demasiado significativo para que cada cual no supiera a qué atenerse.

El sargento fue de los primeros en percibirlo. Sujetándose el hombro abierto con la mano izquierda levantó un poco la cabeza.

—¡Ilse!... ¡Los nuestros!...

No pudo decir más. Tampoco era necesario. La muchacha aun disparó dos veces más...

Pronto la espesura engulló a todos los enemigos en condiciones de moverse. La vegetación, disimulaba en parte los uniformes de los muertos. Aun así, el espectáculo no podía ser más impresionante.

Ilse se daba cuenta de cuán dramática era la situación, pero el instinto de defensa la mantenía con los nervios tranquilos.

Por primera vez se oyeron broncas voces de cólera y aullidos de fiera. En el interior de la selva se había llegado a la lucha cuerpo a cuerpo.

Los disparos eran ya muy escasos. El arma blanca y la granada de mano imponían su predominio...

Estos minutos en los que los cercados no percibieron más que el eco de la feroz matanza, fueron quizá los más terribles. Entre los soldados que quedaron de retén habían habida algunas bajas. Los supervivientes permanecían de pie, como estatuas que representasen el estupor.

También Ilse, con los brazos colgando, el fusil ardiendo en su mano derecha, permanecía plantada en lo alto del montículo, mirando hipnotizada hacia el convulso mar verde, escuchando su horrendo oleaje; percibiendo los gritos de angustia, los aullidos de fiera herida...

Poco a poco fue aquietándose. Empezaron a aparecer *gurkhas*. Algunos venían heridos, llevados en brazos por sus compañeros. Otros, con un gesto feroz en sus rostros, la mirada encendida, sujetando el fusil con ambas manos, mirando a cada piedra, a cada matojo, recelando hasta del propio suelo sobre el que apoyaban los pies...

Este mismo gesto de fiera en acecho vio Ilse en el rostro del coronel Harrik, cuando éste irrumpió de la selva. Con el fusil ametrallador apoyado en la cadera derecha, el uniforme con salpicaduras de sangre, tiznajes de pólvora quemada en la cara...

Apenas salir de la espesura, sus ojos se encontraron con los de Ilse. Diríase que hasta salir de la cortina verde sus ojos no habían tenido más anhelo que verla. Luego, al segundo, se desviaron...

Pasó junto a Ilse sin decirle nada. Vio al sargento tendido de bruces, y con un leve gesto indicó a dos de sus subordinados que lo atendieran.

Se encaminó a donde estaba el grupo de soldados que habían quedado de retén. Cerciorado de las condiciones en que se encontraban, dio unas órdenes, y el personal que le rodeaba se apresuró a cumplimentarlas.

En unos instantes los mulos quedaron enjaezados. La tienda de campaña fue desmontada. Todos actuaban en el mayor silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por algún quejido.

Ilse veía ir y venir soldados *gurkhas*, todo con la misma expresión reconcentrada e idéntico brillo en los ojos. Nadie le decía nada, y nadie parecía verla.

El sargento Cheycher fue recogido y llevado al sitio donde se estaban efectuando a toda prisa las curas.

Harrik iba de un lado a otro observando cómo actuaba cada cual. De vez en cuando desaparecía en la espesura, para volver a los pocos momentos.

Se notaba en su actitud, lo mismo que en la de los otros, que el peligro no sólo no había pasado, sino que parecía aun más amenazador.

Varias parihuelas construidas con ramas se alinearon en el suelo. Enseguida fueron, ocupadas por heridos. Tan pronto uno se tendía en aquel rústico transporte, dos soldados lo cogían por ambos extremos y echaban a andar metiéndose en la jungla...

Por fin, Harrik pareció disponer de tiempo para dirigirse a la muchacha norteamericana.

—¿Conoce usted el Morse? —preguntó, mirándola fríamente.

Ilse, cogida de sorpresa, pareció turbarse. Respondió apresuradamente:

—¡Sí, coronel!

—Me han matado al operador de radio... Usted le substituirá...

En aquel momento, a lo lejos, se oyeron formidables estallidos. Danny y cuantos había allí, se quedaron mirando en aquella dirección. Harrik lanzó un respingo.

—¡Menos mal!

La muchacha, después de la tensión sufrida se sentía tan agotada, que creyó necesario romper la barrera de frialdad que la

separaba del británico.

—¿Es que ha habido dificultades en los objetivos de hoy, coronel? —preguntó, amable.

La mirada de Danny se endureció. Su voz sonó un poco ronca.

—Sí... Las ha habido, porque hemos sido lo suficiente estúpidos para no rehuir la trampa que nos tendía el enemigo. Ellos han supuesto con acierto que nosotros intentaríamos volver para socorrer a ustedes...

Tras un silencio, agregó:

—En lo sucesivo, usted no se separará del grueso de la fuerza. Es más, va a permanecer a mis órdenes inmediatas... Procure no crearnos más dificultades.

—Lo procuraré, coronel —balbució Ilse.

Pero Harrik ya no lo oyó porque le había vuelto la espalda dirigiéndose a donde estaban procediendo a la cura del último herido. Éste era el sargento Cheycher. Se hallaba desvanecido. Lo tendieron en la parihuela, y al momento desaparecieron en la jungla...

Quedaron solos unos *gurkhas*, Harrik y la joven americana. De nuevo sonó a lo lejos otra cadena de estallidos.

Danny dirigió una mirada a su alrededor.

—¡En marcha!... ¡Y usted, teniente Sullivan, coja ese fusil!

Era el de Cheycher. La muchacha obedeció en silencio. Enseguida corrió hasta colocarse inmediatamente detrás de Harrik.

Al dar unos pasos en la espesura ahogó una exclamación de angustia. Danny se volvió. La joven, con un gesto de terror, indicó a un cadáver japonés con la cabeza rota.

—¿Qué importa eso? —repuso Danny, sarcástico—. ¿No quería meter las narices en «nuestra verdad»? Tome cuantas notas quiera, pero cálese... Y ahora, adelante...

Ilse se guardó muy bien de volver a despegar los labios, a pesar de que a cada paso encontraba motivos de verdadero terror...

Enlazaron con el resto de la fuerza, que les aguardaba muy cerca de una pista. Las demoliciones a efectuar se habían cumplido.

Pero traían noticias muy poco halagüeñas. Pisándoles los talones marchaba gran parte de una división japonesa.

El choque que acababan de sostener con el enemigo sólo era un anuncio de lo que se les avecinaba.

Harrik permaneció impasible, como si ya tuviera previsto este contratiempo. Extendió un mapa y rápidamente señaló unos cuantos puntos.

La columna se dividió en pequeños grupos. Cada uno de ellos se encargó de unos cuantos heridos.

Desaparecieron por distintos sitios. Harrik y su sección quedaron los últimos.

—Teniente Sullivan, ¿se encuentra usted en condiciones de poder transmitir? —preguntó, sin mirar a la joven.

—Sí, coronel...

Danny hizo una seña a un soldado *gurkha* que llevaba a sus espaldas un estuche de cuero. Instantes después éste se hallaba abierto y empezaba a tintinear el Morse, pulsado por la fina mano de Ilse...

En tanto transmitía el mensaje que le dictaba Danny, éste la observaba. Así que terminó, el estuche fue cerrado, y pasó otra vez a poder del *gurkha*.

La muchacha, muy pálida, volvió a coger su fusil ametrallador.

Harrik se le acercó.

—Ha transmitido usted muy bien... Gracias —dijo.

Y echó a andar. Ilse le siguió, pero ahora sintiéndose menos desolada...

CAPÍTULO IV

LLAMA LA SEGUNDA COLUMNA

—¡Establecida la conexión con el comandante Stevens, coronel! — anunció Ilse, asomando la cabeza por la cueva.

Harrik acababa de disponer el último nido de ametralladoras. La fuerza se hallaba agotada y era preciso hacer alto, aunque sólo fuese hasta caer la noche.

Eran ya varias jornadas llevando a los japoneses tras de sí. La columna de Harrik, dividida en varios grupos, se dedicaba a atraer fuerzas enemigas hacia pistas falsas, mientras un pelotón, con una misión concreta, avanzaba sobre un objetivo y lo demolía.

Esta jugarreta había surtido efecto varias veces, pero era lógico que una vez u otra terminara.

Lo esencial de la misión «Chindit», en parte estaba realizado. Los daños causados a las vías de comunicación en la retaguardia enemiga eran lo suficiente importantes para que los japoneses no pudieran acudir con refuerzos a las líneas de combate en aquellas horas decisivas.

Las cinco brigadas «Chindit» perdidas en la selva eran como un tanque que hubiese roto las amarras en un barco que estuviese dando bandazos.

—¡Pregúntele usted misma las novedades, teniente! ¡Voy enseguida! —respondió Harrik.

Al abrigo de unos farallones habían establecido el campamento. Casi toda la impedimenta la habían dejado en una especie de pozo formado por los peñascos.

Varios nidos de ametralladoras, algunos en agujeros naturales;

otros, formados con troncos y ramas, enfocaban la llanura de escasa vegetación que tenían a una parte.

Lo difícil era prevenirse contra el ataque que pudiera venirles por la otra, donde la selva empezaba a muy pocas yardas de donde ellos estaban.

Harrik había dispuesto la salida de algunas patrullas. Desde la roca en que se hallaba situado dominaba un vasto panorama. Allá lejos se veía una prolongada cadena de montes. La jungla daba la sensación de un inmóvil oleaje, igual que el de los montes, pero verde.

Miraba la selva adivinando bajo su verde alfombra infinidad de enemigos, avanzando en filas de a uno; un pavoroso hormiguero que cada día que transcurría se sentía más hambriento y con más sed de lucha.

En cualquier momento podía producirse el choque definitivo. Harrik se sentía vacilar en ciertos instantes. En vez de seguir escurriéndose, siempre hacia el Norte, ¿no valdría más hacerles frente y acabar de una vez con ellos?

Pero por bien que fueran las cosas, difícilmente unos centenares de hombres podrían acabar con una división experta en la lucha de la selva.

Había que seguir aquella desesperada carrera, sirviendo de carnaza al tiburón, hasta llevarlo al sitio propicio donde fácilmente se le pudiera arponear...

—¡Coronel! ¡El comandante Stevens le llama!

Harrik se volvió, con todos los sentidos alerta.

Antes de ver el rostro a Ilse, simplemente por el matiz de su voz, dedujo que algo grave ocurría.

Y cuando la miró, tan pálida, tan temblorosa estaba la joven, que Danny, impresionado, no supo reaccionar de otro modo que manifestándose con amarga ironía.

—¿Algo importante, teniente? No olvide su carnet de reporter.

La decisión que Ilse mostró en los primeros días parecía totalmente perdida. La selva se había apoderado de ella, anulándola. Obedecía las órdenes, no como un soldado más, perfectamente disciplinado, sino más bien como un autómatas.

Al oír la réplica de Harrik se limitó a mirarle algo perpleja, como si para ella fuese imposible que un hombre sobre el que

pesaban tantas responsabilidades tuviese aun reservas de energía para permitirse el lujo de gastar ironías a cuenta de cosas tan dejadas atrás.

A no ser que este hombre fuese un anormal... Varias veces Ilse había recordado las palabras del jefe de la tripulación del «Buen Jimmy». Harrik era un loco de los más peligrosos, precisamente porque sus reacciones se producían con la mayor frialdad...

Danny se había sentado frente a la pequeña emisora. La muchacha, recostada contra las rocas de entrada, le observaba atentamente. Con curiosidad y con temor, esperaba ver cómo encajaba la noticia el británico.

—¡Harrik al habla! ¿Qué hay, Stevens?...

Calló el coronel, pasando a la escucha. Ilse no le quitaba los ojos de encima. Percibió el suave zumbido del auricular. Daba la sensación de un gnomo que estuviese hablando desde lo más hondo de la tierra.

Para la muchacha, aquella sensación hubiera acabado por convertirse en un verdadero cuento infantil si no llevase en su ánimo bien asentada la amarga realidad que estaban viviendo.

Aquella vocecita de gnomo correspondía a un hombre situado a unas cuantas millas. A un hombre cubierto de heridas, cercado de cadáveres, y que tal vez estaba emitiendo su mensaje póstumo...

Ilse no apartaba los ojos de la cara de Harrik. No se notó siquiera que palidecía. Durante un largo rato permaneció escuchando, en tanto con la mano izquierda cogía un lápiz que había sobre un bloc, y se ponía a hacer dibujos absurdos. Únicamente en la ancha frente de Danny había aparecido una leve arruga que se mantuvo hasta el final.

Tan pronto la vocecita enmudeció, habló Harrik:

—¡Sólo hay una orden, comandante Stevens! Si no puede escurrirse, manténgase en el sitio que más le convenga... ¡Y arañen! ¡En tanto quede un hombre con vida, den zarpazos!...

Se interrumpió para mirar su reloj de pulsera. Y agregó:

—¡Vuelva a llamar a la hora convenida!... ¡Buena suerte!

Cerró la emisora. Aun después de haber dejado el auricular, siguió dibujando con la mano izquierda. Ninguno de aquellos trazos respondía a una imagen concreta.

Ilse seguía atónita, observándole. Y de pronto, en una crisis de

nervios, prorrumpió:

—¿Es posible que no sienta usted remordimientos?... ¡Centenares de hombres están muriendo inútilmente! ¿No va a intentar ayudarles?

Danny volvió la cabeza lentamente. Fue entonces cuando la muchacha se dio cuenta de que sus ojos brillaban de una manera extraña.

—¿Les ayudaría usted, teniente? —preguntó con voz tranquila.

—¡Cualquier cosa liaría menos llenar un papel con dibujos absurdos!

—Todo lo que usted hiciera por los hombres de la Segunda Columna no sería más que secundar los planes del enemigo —dijo escuetamente.

Se levantó y salió de la cueva. A un soldado que había cerca le dio orden de que convocase a los oficiales. El sitio de reunión sería abajo, en el pozo que formaban los farallones.

El soldado empezó a descender por el abrupto peñasco. Harrik, al quedar solo con Ilse, manifestó:

—Tome nota de esto, teniente Sullivan: la Segunda Columna hace horas que no existe... El comandante Stevens es de los pocos supervivientes que quedan. Tal vez en este momento ha dejado de existir...

La naturalidad con que lo decía hizo pensar a la joven que el británico quería divertirse aterrorizándola.

—¡Son bromas de mal gusto, coronel!...

—Desde luego... El juego a que nos hallamos entregados suele tener estas jugadas sucias. Hace horas que la Segunda Columna ha sido diezmada. Quizá ha conseguido escapar algún grupo... Pero el comandante Stevens, no. Nos ha estado hablando teniendo en la nuca la pistola de algún oficial japonés.

Dejó un breve silencio. Ilse había vuelto a apoyarse en las rocas, como si temiera que las fuerzas le fallaran.

—Una parte de nuestro código de comunicación establece que en ningún momento, pase lo que pase, podemos decirnos Stevens y yo que nos hallamos apurados. Todo lo contrario: cuanto más apurados nos encontremos, más eufóricos debemos mostrarnos... Esto no es más que una actitud muy del clima asiático...

Danny avanzó un poco hacia el borde del precipicio y miró

abajo. Algunos oficiales ya estaban en el sitio de reunión.

—Permanezca aquí, o venga si quiere... Después de la reunión transmitirá un mensaje...

Ilse no sentía ningún deseo de quedarse sola allí arriba. No por miedo, sino porque presentía que sus nervios pronto iban a romper en llanto.

—Si me lo permite, quisiera ver a los heridos...

—Bien, vaya usted. El sargento Cheycher se lo agradecerá.

Descendieron los dos. Ya abajo, Harrik se encaminó a la cerrada plazoleta que formaban las rocas. Antes de meterse allí observó algunos puntos donde tenía emplazadas las ametralladoras. Algunas estaban tan bien disimuladas, que ni aun a unos cuantos pasos se percibían.

Ilse se fue al sitio en que se hallaban los heridos, un ángulo formado por dos paredones de roca. Encontró a Cheycher sentado sobre una piedra, con el brazo derecho en cabestrillo. Al ver a la muchacha, su rostro se iluminó de alegría.

—¡Teniente! ¡Vaya!... ¡Mi enhorabuena!

—¿Por qué, Cheycher?

—El coronel está muy satisfecho de usted. Dice que es el mejor radiooperador que ha tenido hasta ahora... Y vamos, debe de ser así, porque para que él se decida a elogiarla...

Por unos instantes la muchacha quedó seria. Luego, su rostro fue adoptando una expresión enigmática. Una ironía muy sutil brilló en sus ojos.

—Me alegra que esté satisfecho de mi trabajo... El coronel no sabe aún cuán diligente procuro ser...

Quien hubiese contrastado el abatimiento de Ilse momentos antes, con la vitalidad de ahora, no hubiera podido menos que pensar que el elogio de Danny le había hecho mucho bien. O, si no, que la muchacha había reaccionado por algo que ella solamente sabía.

Permaneció unos momentos hablando con el sargento. Luego se fue a ver a otros heridos.

Pero todo lo hizo de prisa, acuciada por una repentina urgencia. Cuando aún estaba hablando con Cheycher, había mirado su reloj y a punto estuvo de exclamar: «¡Dios mío! ¡Si es casi *la hora*!».

Terminada la visita, emprendió el camino de regreso a la cueva.

Al pasar por la entrada de la plazoleta, vio a Harrik rodeado de oficiales hablando con ellos.

Efectuó la ascensión a toda marcha. Cuando llegó a la cueva, antes de entrar se cercioró si alguien había cerca. A nadie se veía.

Se sentó frente a la emisora, y volvió a mirar el reloj. Con mano temblorosa puso el aparato en condiciones de funcionar.

Alentaba afanosamente, tal vez por el esfuerzo realizado al subir. Quizá, en parte, por la emoción de lo que iba a hacer...

No apartaba la vista del reloj. Y cuando la saeta grande llegó a un punto determinado, cogió el pulsador del Morse, y la cueva empezó a llenarse de zumbidos, como si allí dentro anidase una colmena de abejas de metal...

Cuando Harrik regresó encontró a la muchacha sentada, con el rostro apoyado en ambas manos.

—Voy a cifrar un mensaje. Prepárese para transmitirlo — anunció el británico.

Se sentó a la entrada de la cueva, y se puso a escribir en un bloc. Cuando hubo terminado, se volvió.

—¿Dispuesta?

Ilse tenía el semblante demudado.

—¡Imposible, coronel!... Las baterías están agotadas...

Danny dio un salto.

—¡Eh! ¡No puede ser! ¡La emisora no ha funcionado tantas veces para que suceda eso!... Déjeme a ver...

La substituyó ante la emisora, y tras permanecer unos momentos manipulando, exclamó:

—¡Esto es lo que se dice recibir un mortal impacto!...

Hubo un silencio dramático. Por primera vez Ilse vio al coronel con expresión abrumada.

—¿Tan importante era ese mensaje?

Pero Danny parecía obsesionado por otra cosa.

—¡Las mismas veces ha transmitido Stevens que yo! —pensó en voz alta—. ¡El llevaba las mismas baterías!... ¡Estoy seguro de que a él aún le quedan reservas... la él, que no las precisa!... ¡Esto es muy extraño!

Se volvió al aparato, y apresuradamente lo desmontó. No halló nada anormal. La única cosa rotunda, absoluta, algo que pendía sobre sus cabezas en forma de millares y millares de sogas con nudo

corredizo, como si la selva hubiese trocado el cordaje de los bejucos en amenazadoras horcas, era que se hallaban desconectados de toda posible ayuda.

La muchacha, cada vez más pálida, se le acercó, para repetir la pregunta:

—¿Era importante el mensaje, coronel?

Harrik se levantó bruscamente.

—¿Importante?... No mucho. Apenas si nos quedan municiones. Y a partir de mañana los víveres estarán agolados... Eso es todo.

—¿Cómo no solicitó antes que le suministraran?

—Eso era lo que estaba esperando el enemigo: que nos suministren por vía aérea... Entonces se hubieran lanzado como lobos sobre los paquetes y sobre nosotros, no esperaba encontrar una posición ventajosa. Este mismo sitio en que estamos podía haber servido... Hubiera hecho que lanzaran paquetes de engaño. Les hubiéramos dejado cogerlos. Cada paquete hubiera contenido un proyectil a punto de estallar... Mientras tanto, desde aquí arriba les hubiéramos dado lo suyo... ¡Pero todo se ha ido al diablo! Mañana nosotros vamos a estar tan necesitados de recursos como lo puedan estar ellos...

Dejó una pausa, y agregó sordamente:

—A partir de ahora va a ser una lucha entre dos bandos de desesperados... Va a tener usted necesidad de cerrar muchas veces los ojos, si todavía sigue asustándole la cara fea de la verdad...

Danny se puso inmediatamente a circular órdenes. Todas tendían al mismo fin: a ahorrar municiones.

Los planes expuestos en la reunión de antes quedaban totalmente anulados. Ahora la orden era partir tan pronto anocheciera.

Ilse escuchaba todo atentamente, revelando en su cara una gran conmoción. Y de pronto, plantándose ante el británico, poniéndose aún más pálida, manifestó:

—¡Coronel! ¡Anule la orden de partida!

Danny le miró perplejo. No creía haber entendido bien.

—¿Decía algo, teniente?

—¡Digo que anule la orden de salir de aquí...! La jugada que usted preparaba tal vez pueda todavía efectuarse...

—¡No sé cómo! Nuestra posición es ignorada por el Mando...

—¡No, coronel! ¡Saben perfectamente dónde nos encontramos! Por lo menos...

Y al llegar aquí, la joven tragó saliva.

—... Por lo menos el Mando americano...

Era seguro que si en aquel momento la selva se hubiera encendido en llamas, o la temida embestida de los japoneses que es iban a la zaga se hubiese producido entonces, Danny no se hubiera sentido tan sorprendido.

—¿Que el Mando americano...?

Recalcaba todas las sílabas, para él mismo entenderlas mejor.

—¿Qué demonios quiere decir esto?

Y de pronto, cogiendo a Ilse de los hombros, atenazándola con brutal fuerza, preguntó, los ojos llameantes:

—¿Qué uso ha estado haciendo de la emisora?

La muchacha pareció recobrar el pasado énfasis. Se irguió, y sin parpadear, soportando la acerada mirada del británico, exclamó:

—¡He estado informando a mis compatriotas! Harrik, enloquecido de furor, la sacudió con violencia.

—Pero ¿con qué derecho ha hecho usted eso?... ¿Sabe lo que voy a hacer con usted?

—Tal vez... fusilarme —respondió ella, sarcástica.

—Puede que también lleguemos a ello... Pero de momento voy a hacer formar la fuerza y a explicarles lo que ocurre. A partir de ese momento, cada angustia que pasemos, todos sabrán a quién achacarla. ¡Tú, muñeca inconsciente, has olvidado que nos encontramos en la selva, en lucha de fieras!... ¡Vas a saber lo que es bueno cuando el pánico se apodere de todos!...

Danny se calló. Notaba que la furia le hacía hablar torpe, en un tartamudeo casi cómico. Se quedó mirando abajo, donde con toda rapidez, y disimulo los soldados procedían a los preparativos para la marcha.

Se veía claramente que lo hacían con desgana. Todos se sentían agotados, y ya se habían hecho a la idea de pasar allí la noche.

Durante unos instantes, el coronel y el teniente permanecieron callados.

—¡Por qué no la dejaría donde aterrizamos! —exclamó con amargo tono—. No me cabe siquiera la disculpa de haberme equivocado con usted... Desde el primer momento supe que su

inconsciencia era algo muy peligroso... ¿Con qué fin informaba usted?

La voz hondamente afectada del británico desarmó a Ilse. Se le acercó, con apariencia condolida.

—Yo le aseguro, coronel Harrik, que el primer impulso no llevaba ninguna mala intención... Fue una tarde en que vi pasar una formación de aparatos norteamericanos. Seguramente se habían desviado en el cruce de «La joroba»... Me hallaba sola, junto a la emisora, y no pude reprimir el deseo de llamar... Les pregunté si conocían a los tripulantes del «Buen Jimmy». ¡Y el «Buen Jimmy» iba en la formación!...

Danny se volvió para mirarla. La halló transfigurada, con los ojos llenos de lágrimas.

—A partir de entonces todos los días ha habido algún aparato que se ha desviado de la ruta de «La Joroba» para establecer conexión conmigo... Si usted estaba cerca de mí o nos hallábamos de marcha, yo no contestaba... Por último convinimos una hora determinada, un poco más tarde de la hora que tenía usted fijada con el comandante Stevens, para el tercer parte del día...

El coronel la escuchaba atento, pero ya no la miraba.

—Ha sido hoy, estando comunicando con mis compatriotas, cuando me he dado cuenta de que las baterías estaban casi agotadas... Creo que aun he tenido tiempo de comunicarles lo que nos sucedía, y de señalarles nuestra posición... Creo que debemos confiar en que vendrán a socorrernos...

—¡Cree usted demasiadas cosas, señorita! —replicó Harrik, otra vez con aquel tono hiriente que tanto molestaba a Ilse—. Y una de las cosas que usted cree es el suponer queja guerra es un juego de salón... Antes me echaba en cara que permaneciera impasible ante el apuro del comandante Stevens. ¡Y yo no permanecía impasible, porque por dentro me estaba deshaciendo! ¡El comandante Stevens es uno de nuestros mejores soldados y un gran amigo!... Pero cuando nos lanzamos a esta empresa, los dos contábamos con que nos pudiera ocurrir eso. A Stevens ha sido a quien primero le ha sucedido. Tal vez al cabo de unas horas nos ocurra a nosotros... Dentro de esa amargura sólo nos cabe la satisfacción de pensar que lo esencial de nuestra empresa ha sido realizado... Lo demás, el que quedemos en el camino, no importa mucho si se ha hecho todo lo

posible por evitarlo...

Se volvió bruscamente para mirar de nuevo a Ilse.

—¡Pero si como ahora, quedamos mudos y sordos por la intromisión de alguien que ha estado tomando la cosa a juego...!

Ella no replicó. Hubo un silencio en el que se vio a Harrik entregado a un torbellino de ideas.

—¡Está bien!... Creo que no va a haber más remedio que esperar aquí. ¡Pida a Dios que todo esto quede en un mero apuro!...

Danny entró en la cueva, descolgó su fusil ametrallador, se lo enfiló a un hombro, y a toda prisa empezó a descender por el peñasco.

Durante un buen rato Ilse permaneció sola, inmóvil, en actitud abrumada. De pronto se dio cuenta de que alguien se le acercaba. Era uno de los oficiales británicos más destacados de la columna.

Al encontrarse con los ojos de la muchacha pareció azorado.

—Teniente Sullivan —empezó, algo vacilante—, ¿querría usted trasladarse a donde están los heridos? ¿Vamos a modificar lo? Dispositivos de defensa. Tenemos que utilizar esta cueva...

—No tiene por qué darme explicaciones, capitán. Basta con que ustedes me den una orden...

El oficial se quedó mirando abajo con gesto preocupado.

—El coronel me ha confiado el mando... El ha salido...

Dirigió la mirada a la selva, la maraña verde llena de acechanzas.

—Una misión difícil... más bien imposible. No hemos podido hacerle desistir...

Ilse se sentía hondamente afectada, pero nada dijo. En silencio recogió su equipo, y empezó el descenso por la abrupta roca.

Se cruzó con varios *gurkhas* que subían cargados con ametralladoras desmontadas y cajas de municiones. Ya abajo, a cada paso veía signos evidentes de que todos los dispositivos se modificaban.

Fue en busca del sargento Cheycher. Lo halló sentado en la misma piedra, en actitud sombría. Acogió a Ilse con una mirada llena de reproches.

—¡No debió hacerlo, Ilse! —murmuró, en tono amargo.

—¡Pero no todo está perdido, Cheycher! ¡Yo tengo fe en que vendrán a ayudarnos!

El sargento hizo una mueca. Tras una pausa, la joven se decidió a preguntar:

—¿A dónde ha ido el coronel?

—A salir al encuentro de la muerte... Entre permanecer aquí en una inútil espera, o ir en busca del comandante Stevens, ha preferido lo segundo.

Los ojos de la muchacha resplandecieron. Y con la misma convicción con que habló momentos antes, dijo:

—¡Y conseguirá salvarle, Cheyher! ¡No lo dude!

CAPÍTULO V

JUNGLA Y MORSE

Encontrarse con un grupo a la deriva fue una gran ventaja para Harrik. Ello le permitió saber qué dificultades le aguardaban.

El ataque a la Segunda Columna se produjo cuando aún no había despuntado el día. Ni siquiera pudieron defenderse. Fue una avalancha de japoneses lo que cayó sobre ellos, sin darles tiempo a levantar el fusil.

El comandante Stevens y unos cuantos pudieron replegarse a una colina, y allí estuvieron resistiendo hasta que una oleada tras de otra de japoneses acabó por envolverles.

Harrik comparó atentamente las declaraciones de los fugitivos y vio que en lo esencial coincidían. Un gran número de japoneses que se le incorporaban infestaba la zona. Efectuada la embestida sobre la Segunda Columna, parecían haberse esparcido en pequeñas partidas.

Muchos seguramente se dirigían a donde había hecho alto la tropa de Harrik.

—Bien; que vayan allá —dijo Danny—. Los japoneses deben tener aún con vida al comandante Stevens. Dentro de una hora tiene que comunicar conmigo... Eso por lo menos cree el enemigo. Vamos a ver si podemos conseguir que nuestra «comunicación» se haga de manera directa.

Empezaba a anochecer. El camino que se ofrecía a los «Chindit» era la jungla o seguir la estribación de una cadena de montes.

Se dividieron en dos grupos. El más numeroso se metió en la espesura. El otro, el encabezado por Harrik, se lanzó vertiente

arriba, buscando la cima.

Por allí marcharon hasta que anocheció del todo. Habían procurado hacerse bien visibles.

Tan pronto obscureció descendieron por la vertiente contraria, cruzaron un arroyo, y, tras unos diez minutos de ir a paso ligero, se detuvieron.

La colina en que suponían se hallaba Stevens estaba cerca. Pero no pensaban aproximarse a ella en tanto no se produjera determinado acontecimiento.

Los que avanzaban por la jungla debían salir por un barranco al otro lado de la colina. Ellos debían iniciar el ataque, concentrando sobre sí la atención del enemigo.

Transcurrió un largo tiempo. Harrik y los cinco hombres que le acompañaban reanudaron la marcha, uno tras de otro, agachados, en el mayor silencio.

La vegetación era lo suficiente alta para cubrirles. De súbito se detuvieron nuevamente, pegándose al suelo.

Todos eran expertos en aquella clase de marchas, lo que permitió que todos pudieran encajar la sorpresa con la misma tranquilidad de nervios. A muy pocos pasos de donde ellos estaban pasaba una patrulla japonesa.

Venían despacio, recelosos, con el fusil terciado y le bayoneta calada. De vez en cuando se oía un crujir de ramas. Se veía un débil relumbre de acero.

Ante cualquier mata se detenían, clavaban la bayoneta y proseguían. Los «Chindits» siguieron quietos en su sitio, basta que el leve rumor de pasos se perdió.

Danny se levantó. También los otros. Casi a gatas iniciaron la ascensión.

Por momentos el camino se hacía más difícil porque topaban con peñascos imposibles de escalar y esto les obligaba a dar un rodeo a cada instante. Pero la intención de Harrik era abordar la cima por aquella ladera casi inaccesible.

Ya había decidido no aguardar a que el otro grupo diera la señal. La hora ajada para comunicar con Stevens ya debía de haber transcurrido. Y los minutos que pasaran podían ser decisivos.

Danny confiaba en que Stevens se prestase a la parodia de fingir que comunicaba con Harrik. Naturalmente, los japoneses se darían

cuenta de que no establecía conexión, y en ello residía la dificultad de que el prisionero pudiera contener sus represalias...

Empezó un tiroteo al otro lado de la colina. Aunque Danny ya tenía la seguridad de que la colina que le interesaba era aquélla, le satisfizo verlo comprobado por los disparos. En aquel grupo iban parte de los fugitivos que habían escapado de allí aquella misma mañana. En el grupo de Harrik también...

A cada momento Danny había estado consultando a los dos *gurkhas* que le servían de guía.

—¡Sí!... ¡El comandante Stevens se replegó a esa altura!...

Faltando poco para llegar a la cima, empezaron a encontrar cadáveres, la mayoría aliados. El tiroteo, por momentos era más nutrido.

Un rodar de piedras lea hizo detenerse. La vaga silueta de dos soldados enemigos se recortó en la cumbre.

Otra vez se echaron al suelo. Cada cual, sin moverse apenas, buscó el abrigo de una piedra, algo que por lo menos les cubriera la cabeza.

Dos trallazos de luego fueron lanzados contra la vertiente. Las dos balas gruñeron y dieron un fuerte chasquido en las rocas.

Lentamente, sin hacer el más leve ruido, los «Chindits» prosiguieron la ascensión, uno tras de otro, convertidos en un solo y obstinado reptil...

Después de los dos disparos se percibió un breve cuchicheo. Entreviéronse las dos siluetas moverse a un lado y otro.

La refriega proseguía, allá hondo. En algún momento se percibía el golpazo de una granada de mano.

Harrik comprendió que no podían esperar más. El grupo de la jungla no tenía más objetivo que producir la confusión. Disparar aquí y allá, y escurrir el bulto.

Pero eso no podía durar mucho. Al final se verían rodeados...

Harrik dio la contraseña, y dos *gurkhas*, como verdaderos felinos, brotaron de las rocas, cuchillo en mano, en un salto prodigioso. Al momento se percibió un grito ahogado, un resuello impresionante. Dos fusiles chocaron contra las rocas.

Los dos *gurkhas* y los dos japoneses permanecieron unos segundos debatiéndose, hasta que por fin quedaron los cuatro quicios: dos tendidos en el suelo; los otros dos de pie...

Se quedaron mirando a su alrededor, y enseguida se dieron cuenta de que el resto del grupo ya había pasado conducido por Harrik. Sobre la cima destacaban algunos árboles. Entre dos de éstos había una choza hecha con ramas.

En el momento en que los dos *gurkhas* miraban hacia allí, Harrik y los tres que le seguían llegaban a un pequeño muro hecho con piedras. Un centinela se veía pasear de un lado a otro. De vez en cuando se detenía...

Se oyeron voces dentro de la choza. Voces en un inglés bastante deformado, y de pronto, la voz rotunda y firme de alguien que replicaba:

—¡Ustedes mismos han podido comprobar cuáles eran las órdenes de mi superior!... ¡Resistir hasta la otra llamada!... ¡Yo no podía desear que vinieran a buscarme! Ustedes lo saben bien...

Se oyó una risa burlona, y alguien que contestaba:

—¡Pero han venido!... ¿Y sabe lo que va a ocurrir?

En ese momento se oyó una especie de rugido. El centinela dio un salto y cayó de espaldas.

De detrás de la choza surgieron otros dos soldados enemigos. Dos *gurkhas* empezaron a deslizarse pegados al muro de piedras. Harrik en tanto se había colocado ante la puerta de la cabaña y de un puntapié la abrió.

Al mismo tiempo, de su fusil ametrallador surgía una ráfaga. Tres oficiales japoneses quedaron derribados. Uno aun tuvo tiempo de disparar su pistola. El proyectil pasó rozando la cabeza de Danny.

—¡Mi coronel! ¿Por qué ha venido? —exclamó alguien que había medio derribado en un rincón de la choza, con la cabeza vendada.

—¡Vamos, Stevens! —apremió Danny—. No me de las gracias que no he venido solo por usted... ¿Dónde está la emisora?

Se hallaba junto a donde estaba Stevens, abierta todavía. Danny la cerró apresuradamente, y al primer *gurkha* que asomó en la choza se la dio.

—¿Queda más gente por aquí? —inquirió, sin mirar al herido.

—No —balbució Stevens—. Únicamente yo... y porque les interesaba...

—Ya me lo figuro... ¿Puede andar?

—Creo que sí...

Tenía heridas por todo el cuerpo. No obstante, se puso en pie, firme.

—¡No debieron venir! —repitió con voz fosca—. Esto va a costar mucha sangre...

—¡No lo sabe usted bien! —dijo con amargo humor Danny—. ¡Vámonos!

Al ir a salir, el coronel echó contra una pared ele la choza la lámpara encendida, y el ramaje seco empezó a arder.

Tomaron la misma vertiente por la que habían subido. La más abrupta, pero también la que con mayores probabilidades estaría libre de enemigos.

Harrik se volvió a mirar la choza antes de emprender el descenso. Las llamas comenzaban a tomar incremento. No era, pues, necesario el cohete que Harrik debía lanzar como señal de repliegue.

El grupo que combatía en la selva ya estaría replegándose, porque los disparos sonaban cada vez más lejanos y espaciados.

Los hombres que iban con Harrik descendían a toda marcha, ya sin hacer caso del rodar de piedras. Lo que importaba era llegar cuanto antes a la llanura.

Cuando estuvieron en ella cruzaron de nuevo el arroyo, escalaron a pecho descubierto otro pequeño monte y al ir a descender por la vertiente contraria percibieron que el enemigo les tenía casi rodeados.

Monte arriba avanzaban multitud de japoneses, desplegados. Vagamente se advertían sus siluetas. Pero el rumor de sus pasos se notaba con toda claridad.

Alguien del grupo fue a disparar, pero Danny le contuvo. Lo que importaba era escurrirse, alcanzar la jungla. La maraña de vegetación nivelaría las fuerzas. Un bando y otro podrían moverse en una misma área sin percibirse.

Lo peor era que el comandante Stevens empezaba a sentirse agolado.

—¡Déjeme, Harrik!... ¡Se lo ruego! ¡No debieron venir!

Danny se sentía conmovido, pero procuró que su voz sonase dura al replicar:

—¡Vuelvo a decirle, Stevens, que no hemos venido por usted

solamente! ¡Importaba mucho más la emisora!... ¡Vamos! ¡Cójase a alguien!...

Todo esto fue dicho en voz muy baja, y actuaron con rapidez. La obscuridad se hallaba henchida de amenazas. Regresaron al arroyo. Metidos en él, con agua que les llegaba al pecho, y amparándose bajo el techo que les ofrecían las matas de una margen, permanecieron un buen rato.

Soldados japoneses, en filas de a uno, cruzaron el río varias veces en una y otra dirección. Hubo un momento en que quedó formado un gruño en medio y delante mismo de donde estaban Harrik y los suyos.

Éstos mantenían las armas alerta. Algunos, con la bayoneta calada, permanecían un paso adelantados.

El grupo enemigo se disolvió. Pero aun quedó un soldado, con los brazos un poco en alto para mantener el fusil fuera del agua.

Un *gurkha* hizo ademán de ir cara a él, pero Harrik le contuvo. Pasó su fusil ametrallador a manos de un subordinado, y con el máximo silencio se sumergió.

Segundos después se percibía un chapoteo. Algo que quiso ser un grito apuntó apenas.

El agua reflejaba un débil claror de estrellas. En el sitio en que había estado el japonés no se veía ya nada; la superficie aparecía tersa...

La cabeza de Harrik asomó al fin, casi en el mismo punto en que la sumergió. Alentaba con fuerza...

—No podemos seguir en el río —dijo en voz bajísima—. Hay aquí demasiada luz... Vamos a salir distanciados. Por este monte, en línea recta, a cuatro pasos tenemos la jungla...

La ironía era que la jungla, aquello que tantas veces había constituido una maldición, era ahora anhelada como un manto protector.

El primero en salir fue Harrik, seguido del *gurkha* que transportaba la emisora. Ya fuera, estuvieron unos momentos quietos para orientarse.

Emprendieron el ascenso por el sitio más abrupto. Llegaron a la cima sin ningún contratiempo. Como los únicos disparos que se oían sonaban muy lejos, era de suponer que la atención del enemigo se hubiese concentrado en aquel punto alejado.

Un rato después todo el grupo de Harrik se encontraba en las lindes de la selva. Se internaron en ella. Al poco, Danny ordenó a sus subordinados que se abrieran en un ancho círculo. El quedó en el centro, con el estuche de la emisora. Lo abrió, e instantes después se percibía el tintineo del Morse.

Danny sabía que la única posibilidad de comunicar era establecer contacto con la emisora de algún aparato de transporte o bombardero pesado de los que hacían la ruta de «La Joroba».

Siempre había algún aparato que daba un largo rodeo para soslayar la estribación meridional del Himalaya.

Un buen rato estuvo Harrik lanzando llamadas al espacio sin resultado. Un *gurkha* se le acercó.

—¡Coronel! Recelamos que el enemigo lo tenemos encima...

—Bien. Mientras podáis, nada de disparos... Al arma blanca.

—¡Está bien, señor!

Se retiró el soldado, y Danny siguió haciendo funcionar el pulsador del Morse. Percibió allá detrás un significativo crujir de ramas.

Apenas tuvo tiempo de volver la cabeza. Tenía la certeza de que se había entrado en la lucha cuerpo a cuerpo. Cogió con la mano izquierda el fusil ametrallador, y con la derecha siguió pulsando.

La conexión quedó establecida. Un aparato de transporte en regreso a la base recogió la llamada.

El parte de Harrik fue breve:

*«Coronel Harrik al Mando británico: Posición “2-X-l”.
Primeras horas amanecer, pongan en práctica Plan
“SMELL”».*

Eso fue todo. Rápidamente cerró la emisora, se la echó a la espalda, y emitiendo unos sonidos que imitaban el canto de una lechuza se encaminó hacia la parte donde había sonado el crujir de ramas.

Dos *gurkhas* salieron a su encuentro. Momentos después acudieron los demás. Stevens alentaba penosamente, pero se negó a que lo transportaran.

En fila de a uno reanudaron la marcha. Los pies de Harrik

tropezaron con el cuerpo de algún enemigo muerto por los «Chindits» al arma blanca.

La sensación de que lo principal de aquella salida ya se había logrado dio a Danny y a los que le acompañaban una gran seguridad. Ahora, todo lo que quedaba por hacer era sortear los peligros que pudieran surgir al paso.

Para ello no tenían más que poner en práctica lo que ya tantas veces habían hecho. Sigilo, oído atento, y un pisar de verdaderos fantasmas.

De pronto, todo un lado se pobló de furiosas bocas que empezaron a vomitar fuego. Balas trazadoras, tejiendo complicadas redes con la urdimbre de la selva.

Los disparos batían desde bastante lejos. Al primer momento, el grupo se había echado al suelo.

Pasada la primera sorpresa, Danny comprendió que el enemigo no los había localizado todavía. Eran golpes de exploración, como antes al pie de la colina, hizo la patrulla japonesa con la bayoneta.

Un poco inclinados reanudaron la marcha, sintiendo de vez en cuando sobre sus cabezas un aluvión de fuego...

CAPÍTULO VI

PLAN «SMELL».

De vuelta en la posición, lo primero que hizo Harrik fue recorrer uno por uno los puestos de defensa. Cuando llegó al sitio en que estaban los heridos, encontró a Ilse junto a un moribundo.

La muchacha al verle se levantó. Pero Harrik no le dijo nada. Ni siquiera advirtió el brillo de lágrimas que había en sus ojos.

El mayor silencio reinaba en la posición. Cuando Danny subió a la cueva, el oficial que le había substituido en el mando le dio las novedades. Habían sufrido dos pequeñas embestidas del enemigo, rechazadas duramente.

—El enemigo se ha replegado... En toda la noche no ha vuelto a molestarnos. Tal vez cuando se haga de día...

—No le quepa la menor duda —respondió Harrik—. Ellos no ignoran que andamos escasos de municiones... Cuando se haga de día...

Dejó el final de la frase en el aire, mirando en dirección a Oriente, donde parecía estar apuntando una leve claridad.

Cuando el día asomó, el grupo de farallones parecían ingentes figuras, lúgubres y monstruosas, señalando el área donde iba a producirse una feroz matanza.

En los pozos de tirador, en los nidos de ametralladoras, diríase que no había nadie. Un macizo silencio reinaba en la posición.

El comandante Stevens, cuidadosamente vendado, se hallaba dentro de la cueva, junto a la emisora. Harrik, a su lado, permanecía consultando un mapa.

Un oficial entró en la cueva arrastrándose.

—¡La orden ha sido cumplimentada, señor!

—¿Ha recalcado bien que nadie debe salir de su puesto?

—¡Sí, mi coronel!

—¿Y que si un paquete cae en la posición nadie deberá tocarlo?

El oficial afirmó.

—¿Y los heridos?... Me ha parecido ver a uno algo desequilibrado. Asegúrense de él. Si es necesario, átenlo...

El oficial volvió a salir arrastrándose para no hacerse visible al enemigo.

Resultaba extraño que el ataque no se hubiese ya iniciado. Harrik no podía por menos que alegrarse de ello. Cada minuto que transcurría permaneciendo las armas calladas, era una ventaja para los sitiados.

Pero el combate empezó de pronto, con varios disparos de mortero que fueron a buscar el centro de los farallones. Inmediatamente la zona selvática comenzó a trepidar.

A nadie se veía. Pero la red de balas se hacía por momentos más tupida. De vez en cuando estallaba algún proyectil de artillería de montaña.

Los morteros seguían clavando su puñal traicionero en todo un sistema de ángulos muertos. Algunas veces estallaban en el mismo borde de un pozo de tirador o en los estrechos recovecos que los sitiados utilizaban como pasillo de enlace...

—Como ya me figuraba, es un ataque en toda regla —comentó Harrik, tras permanecer unos momentos observando, tendido en la entrada de la cueva—. ¿Fue así como embistieron a ustedes, Stevens?

El comandante de la extinguida Segunda Columna denegó con un movimiento de cabeza.

—Ni siquiera me cabe ese consuelo —dijo, tras un breve silencio—. Caímos en la trampa como verdaderos novatos... Una vez más los japoneses pusieron en práctica su estratagema de encaramarse a los árboles y hostigarnos desde allí para hacernos retroceder al punto que les convenía... No me cabe ninguna disculpa. Esa táctica la he visto empleada demasiadas veces para ignorarla...

Quedó con una expresión sombría que los vendajes aun hacían más dramática. Harrik le miró risueño.

—Ahora es cuando en realidad me parece usted un novato. ¿Qué

diablos se reprocha? Yo no podía exigirle a usted un rendimiento de máquina... Les he tenido a ustedes demasiado tiempo sometidos a la soledad. Quizá he apurado demasiado las cosas... El plan «Smell» debió ponerse en práctica mucho antes... ¡Que no sea demasiado tarde!...

Su voz quedó ahogada por el tableteo de dos ametralladoras situadas cerca de la cueva. Eran las primeras armas que respondían.

Como la consigna era no disparar en tanto no se viera un blanco seguro, Danny fue deslizándose hasta llegar al borde del peñasco.

Al mirar abajo sintió una especie de escalofrío. La cosa no era para menos. Entre los peñascos y el lindero de la selva quedaban sólo unas yardas de vegetación rala. El enemigo podía colocarse muy cerca sin hacerse visible.

Sólo que estas pocas yardas de escasa vegetación eran muy difíciles de cruzar, por los peñascos que surgían a cada paso. Si los sitiados mantenían los nervios seguros, podrían exterminar la primera oleada. Y la segunda... ¡Quién sabe cuántas veces!

Otro soldado que no fuera el japonés, acabaría por retirarse. Pero los sitiados tenían demasiada experiencia para no hacerse ilusiones en ese sentido. Una hilera tras de otra irían saliendo de la jungla, como si los estallidos fuesen pedruscos lanzados en el lago verde, y los arcos de japoneses fuesen las ondas expandidas a la orilla.

Los *gurkhas* eran soldados bravos y estoicos. Sin que su pulso se alterase, permanecerían disparando horas y horas, de no existir en cada cuello el nudo corredizo que con toda seguridad les iba a estrangular.

No había más municiones que las que cada cual tenía en su puesto. Harrik mismo, asomado al borde de la roca, no osaba coger el fusil ametrallador que tenía al lado. Apenas le quedaban veinte disparos.

—¡Llame otra vez, Stevens! —ordenó Danny, sin volverse.

Era la quinta vez que lo hacían aquella madrugada. A los pocos momentos, en las rapidísimas pausas que dejaba el tiroteo se percibió el tintineo del Morse.

Ya había una alfombra de cadáveres japoneses cubriendo el área intermedia entre los peñascos y la selva. Por la parte contraria, la zona despejada era mucho más vasta, y hasta aquel momento el

enemigo no había intentado nada.

Unos cuantos nipones, amparándose en todas las curvas del terreno, habían conseguido llegar a un grupo de pequeñas rocas desde las que podían muy bien atacar por la espalda a la primera ametralla, dora.

El coronel se dio cuenta de ello, y, sin pensarlo casi, remachó la orden a Stevens:

—¡No cese de llamar!

Enseguida fue arrastrándose siguiendo el borde del cortado, hasta que llegó a un punto desde el que creyó poder batir al grupo que había conseguido filtrarse.

Encaró el fusil en el preciso instante en que uno de los nipones desenganchaba de su cinturón una granada de mano. Danny le apuntó a la cabeza e hizo un solo disparo.

La granada aun salió con fuerza de la mano del japonés. Pero no llegó a alcanzar el nido de ametralladora. Se produjo el estallido. Polvo y piedras cayeron sobre el grupo enemigo y sobre su propia ametralladora.

Harrik no dejó que se extinguiera la polvareda para soltar una ráfaga. Cogió de lleno al grupo japonés, que aprovechando la confusión, se disponía al asalto.

En lo alto de los farallones, en las vertientes de la base, en la angosta plazoleta donde horas antes estuvieron los heridos, seguían reventando proyectiles. El espacio se llenaba de humo y rugir de esquiras, balas y trozos de roca...

—¡Coronel!... ¡Coronel Harrik!...

El jefe permanecía mirando abajo, criando oyó una voz angustiada llamándole. Se volvió. Era Ilse, intensamente pálida, los ojos enjorados con un inusitado brillo.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le ha autorizado a subir? — preguntó Danny con dureza.

—¡El comandante Stevens le llama!... ¡Ha conseguido conexión! Harrik casi se puso en pie.

—¿Es eso cierto? ¿Con el Plan «Smell»?

La emoción de la muchacha casi no le dejó hablar.

—¡Sí!... ¡No tardarán en llegar!...

Sin tomar las precauciones debidas, Danny regresó a la cueva. Varias balas rugieron en torno suyo, pero él no se dio cuenta.

Encontró a Stevens muy fatigado, a punto de desmayarse.

—¿Qué le pasa?

—No sé... Quizá la alegría... ¡Vienen!...

Harrik hizo que se apartara y se sentó él en su puesto. Cerciorado de que la conexión existía, puso en acción el fono.

—¡Sí; coronel Harrik al habla!... ¡No tan apurados si nos traen los «suministros»! ¡Recuerden el envío de los «paquetes»! Paso inmediatamente a darles dirección y velocidad del viento...

Al levantarse de la emisora vio a Ilse de pie en la entrada. Danny la cogió de un brazo y tiró con fuerza.

Tan bruscamente lo hizo, que la muchacha casi cayó sobre Stevens, que sentado en un rincón alentaba fatigosamente. En el mismo instante varias balas chascaron contra la roca que servía de dintel.

—¿Qué busca usted? ¿Es que no me ha proporcionado bastantes dificultades? —rugió Danny, fuera de sí.

Una llama de ira se encendió en los ojos de Ilse, pero se extinguió enseguida. Algo intentó balbucir, mas Harrik no la dejó porque indicándole con la mano el asiento que había ante la emisora, ordenó:

—¡Póngase ahí! ¡Transmita, *letra por letra*, lo que yo le dicte!... ¡Stevens! ¡Usted verá si cumple mi orden!...

Harrik cogió un mapa y la brújula y, a rastras, salió de la cueva. Desde allí fue dando indicaciones sobre la visibilidad horizontal, la dirección y velocidad aproximada del viento...

Ilse repetía sílaba por sílaba, letra por letra, cuanto le decía Danny. Este mismo pudo comprobarlo. Y el hecho de que tan perfectamente pudiera oír la limpia voz de la muchacha, le hizo caer en la cuenta de que la situación, en unos segundos, había cambiado.

Un impresionante silencio reinaba en el sector. Todas las armas habían callado.

Y algo bronco y agorero, una sensación de montaña que se despereza y amenaza con invadir un valle, empezó a invadir la cueva.

Formados en varias escuadrillas, volando a distintas alturas, se acercaban multitud de aparatos. Harrik cogió los prismáticos.

—¡Atención ahora, Ilse! —advirtió, sin pensar que dentro de la

frialdad oficial en que se había encerrado, debió llamarla teniente —. ¡Primera escuadrilla! ¡Descienda virando a babor! ¡Preparados para lanzar paquetes! ¡Las demás escuadrillas que tomen las referencias que daré sobre el primer descenso!...

Stevens había hecho ademán de levantarse, pero vio que Ilse se desenvolvía con gran seguridad. Las indicaciones de Harrik fueron repetidas.

La primera escuadrilla fue descendiendo y al mismo tiempo aproximándose a donde el manchón de la selva empezaba.

—¡Atención! ¡Preparados para lanzar paquetes!... ¡Una!... ¡Dos!... ¡¡Ahora!!...

Pareció al principio que la primera escuadrilla perdía toda ella el tren de aterrizaje, o que sus tripulantes hubiesen lanzado al aire algún voluminoso objeto como signo de que habían captado el aviso.

Pero a los pocos segundos quedaron plasmadas unas gigantescas rosas. Varios paracaídas, con un pesado paquete al extremo de sus cordajes, empezaron a descender en sentido oblicuo.

Harrik, tras observarlos unos momentos, se puso a dar instrucciones que Ilse enseguida transmitía. Los paracaídas fueron a quedar enganchados en la jungla, bastante lejos.

La segunda escuadrilla evolucionó, tomando un rumbo contrario a la primera y acercándose más a los farallones. Nuevos paracaídas se abrieron y desde el primer momento se advirtió que éstos iban a caer cerca.

Así fue en realidad. Aterrizaron en el mismo lindero de la selva. Antes de que tocaran tierra, las armas de los japoneses despertaron con extraordinaria furia. Batían toda el área en que iban a quedar los paquetes, formando un cerco de fuego para impedir toda posible salida de los sitiados.

En unos minutos el espacio quedó lleno de manchas de color. Cayeron fardos en la zona despejada; otros, en el interior de la selva. Muchos paracaídas quedaron enganchados en las copas de los árboles y el peso de los paquetes los fue desgarrando...

Ningún fardo cayó en la posición. Y cuando Harrik se hubo asegurado de ello, soltó un respiro...

Las armas japonesas seguían tronando, como celebrando aquel maná recibido por obra y gracia de los occidentales. Harrik esperó

un tiempo prudencial. Y cuando consideró que en torno a cada paquete habría todo un vivero de enemigos, dio la señal definitiva:

—¡Saturen envío!...

Ilse transmitió la orden, El espacio pareció rasgarse por invisibles cuchillas. Pesadas bombas de enorme potencia empezaron a caer, como contrapartida al primer envío.

Se produjo el primer estallido. Y a continuación, toda una cadena de detonaciones a cuál más imponente.

Lo esencial del Plan «Smell» entró en acción. Cada paquete quedó convertido en un subordinado obediente a la detonación que le pillaba más cerca. Explosivos de alta potencia, con espoleta graduada para que entrara en acción a la menor vibración que se produjera en torno, empezaron a estallar.

Y algunos fardos que pendientes del cordaje del paracaídas colgaban de los árboles, y en torno a los cuales había corros de soldados japoneses calculando la forma de alcanzarlos, reventaban de pronto, con sensación de fantástico fruto madurado por arte diabólico.

El pánico cundió en la selva. Una detonación sucedía a otra. Eleváronse ingenies llamas. Árboles y rocas saltaban a lo alto, como si una brigada de enloquecidos gigantes estuviese parodiando a los *Chindits*, en su afán de improvisar aeródromos.

Y fue en el momento en que este fragor se hallaba en todo su apogeo cuando Harrik dio orden de empezar el «segundo envío». Infinidad de paracaídas aparecieron de nuevo, yendo a aterrizar, poco más o menos, en la misma área.

Benny dio una voz, y el oficial que le servía de enlace apareció a los pocos segundos.

—¡Preparados para salir!

—¡Está bien, señor!

Aun siguieron los estallidos, hasta que, por fin, segundos antes de que éstos terminaran, Harrik disparó un cohete de humo como señal de salida.

A toda la posición asombró el exacto cálculo del jefe al prever el final de las explosiones.

De todos los puntos empezaron a surgir soldados «Chindits», que primero con un poco de vacilación, luego a todo correr, se introducían en la selva, permanecían en ella irnos minutos, y

reaparecían llevando a cuestras pesados paquetes.

El pánico debió de esparcir al enemigo. La sagacidad nipona quedó obscurecida por la confusión sembrada con aquel inesperado golpe.

Los *gurkhas*, que no cesaban de ir y venir entre la posición y la jungla acarreando paquetes, traían escalofrantes informes sobre la mortandad producida en la espesura. Cada paquete del «primer envío» había sido un mágico reclamo para atraer a un buen número de enemigos, y los cuchillazos de las explosiones les habían cogido de lleno.

La recogida del suministro se efectuó con la máxima rapidez. Hecho el recuento, comprobaron que muy pocos paquetes se habían perdido. De todas formas, de poco iban a servir al enemigo, pues por algún tiempo iban a sentir un temor supersticioso de acercarse a ellos.

Cuando Harrik se hubo asegurado de que tenía baterías de repuesto, ordenó que el personal volviera a sus puestos, en tanto unos cuantos se dedicaban a distribuir los suministros. Danny se sentó frente a la emisora, y pidió al comandante de la formación aérea que le facilitase noticias. Éstas no se hicieron esperar.

En Kohima, las fuerzas sitiadas habían sabido resistir, produciendo a los japoneses millares de muertos. Fuerzas de socorro avanzaban por la carretera de Kohima para ayudar a los acorralados en Imphal.

Tropas chinas habían salido de Yunnan y avanzaban hacia Birmania para despejar de enemigos un sector fronterizo...

«... Y ahora, una buena noticia para *la joven yanqui*: la brigada norteamericana del general Merrill ha capturado el aeropuerto de Myitkina. Los japoneses se han encerrado en la ciudad. ¡Felicítela en nuestro nombre!... ¿Algo más, coronel Harrik...?».

—¡Nada más, comandante! ¡Gracias a todos ustedes!

Parecía que aquel diálogo ya estuviese terminado, cuando el altavoz de la pequeña emisora anunció:

«—Hay una orden para usted, coronel Harrik: Tome nota... ¿Preparado?... Acuda a punto “2-N— 15” y espere órdenes... ¡Mucha suerte!...».

Éste fue el final de la conversación. Las escuadrillas ya habían virado, tomando el rumbo de regreso...

Harrik, pensativo, se apartó de la emisora, cogió el mapa y se colocó a la entrada de la cueva. Tras permanecer unos momentos estudiándolo, exclamó:

—¡No me lo explico! En
«2-N-15»

ya debe de haber operado una brigada «Chindit». ¿Qué diablos tenemos nosotros que hacer allí?

—Cavar aeródromos —respondió Stevens con aire de broma.

—Ni siquiera eso. Sin duda existe una pista...

Si entonces Danny hubiese mirado a Ilse, al ver la enigmática sonrisa que había en su rostro, se hubiera puesto en guardia. Pero obsesionado por aquella orden que echaba por tierra todos los planes que tenía calculados para realizar en un futuro inmediato, no se acordó de la joven.

Sin embargo, ésta no se resignó a pasar inadvertida.



—Si no he oído mal, coronel, había algo para mí.

—¡Es cierto! Sus compatriotas han conseguido una brillante victoria...

—¿Sin recurrir al asalto de aviones, coronel? —inquirió Ilse, con incisivo matiz en la voz.

—¿Aún, diablos, se acuerda usted de eso? —rió Danny, sintiéndose, sin saber por qué, de excelente humor.

—¡Cómo no, coronel!... Y puede que alguien más lo recuerde.

Danny la miró fijamente.

—¿Qué quiere usted decir?... Ya he comprobado que en los aparatos no ignoraban que usted estaba aquí...

—Y no es porque yo les haya dicho nada ahora —repuso ella, con irónica seriedad—. El comandante Stevens ha sido testigo de mi fidelidad en la transmisión de sus órdenes... Pero es de suponer que

la ayuda que yo solicité ayer, se haya fundido con su «Plan Smell». Por si es así, pido su permiso para ir al refugio de los heridos. Ayer solicité material sanitario de máxima necesidad. Voy a ver si ha llegado...

Ya iba a salir, sin esperar el permiso de Harrik. Pero éste, de pronto, acuciado por un presentimiento, la detuvo.

—¡Espere!

—Diga, coronel...

En los ojos de Harrik había un relumbre lleno de ira.

—Es usted quien debe hablar. Va usted a decirme de una vez con qué fin gastó las baterías de nuestra emisora...

—Ya se lo dije ayer, coronel. Para conversar con mis compatriotas...

—¡No! ¡Ya estoy viendo la maniobra! ¡Ha estado soliviantando a sus compatriotas para que el mando americano reclame al mando británico! ¿Es eso?... ¡Pues me importa un comino, teniente Sullivan! ¡Tenía orden de sustraer aparatos de cualquier sitio! ¿Lo entiende? ¡La operación a realizar era lo único que importaba, y esto ya se ha realizado!...

—Ya lo sé, coronel Harrik... A pesar de ello, tal vez en el punto «2-N-15»

se encuentre con algo que usted no esperaba...

Y poniéndose firme preguntó, con muestras del mayor respeto:

—¿Puedo retirarme?

En vez de responder, lo que hizo el jefe fue salir primero, y descender por la roca todo lo aprisa que el sitio permitía. Abajo, la distribución de víveres y municiones ya había comenzado...

CAPÍTULO VII

EL CORONEL PIERDE EL MANDO

Como ya suponía Harrik, el sector que respondía a la sigla «2-N-15»

tenía una pista de aterrizaje, preparada por los «Chindits».

Las condiciones del terreno habían permitido hacerla de forma que en ella podían aterrizar los más pesado bombarderos. Constantemente estaban entrando o saliendo aparatos, cazas y pequeños bombarderos en su mayoría. De vez en cuando aterrizaban grandes aparatos de transporte, repletos de tropa que, tan pronto pisaba tierra, formaba y desaparecía hacia el norte.

Por la actividad reinante se notaba enseguida que las operaciones en el frente, todavía muy lejano, se hallaban en una fase decisiva. Las fuerzas aerotransportadas a la retaguardia enemiga eran seguramente dedicadas a guardar vías de comunicación, y, especialmente aquella pista, que parecía convertida en, el eje de aquel sector.

Apenas llegar, Harrik se presentó al jefe del campo. Éste era un oficial joven, también británico, que sentía una gran admiración por el jefe de la Columna «Chindit», Le acogió con gran satisfacción:

—¡Coronel Harrik! ¡A sus órdenes!... ¡Estaba impaciente por su llegada!

—¿Sabía que iba a venir?

—¡Oh! ¡Desde luego! Se rae comunicó hace días. Y por si no era bastante, raro es el día que desde las bases aéreas en Yunnan no me pregunten por usted, la he comunicado su llegada...

Miró en dirección a donde estaba reunida la fuerza «Chindit». En

el grupo de heridos, Ilse iba de un lado a otro, atendiéndoles.

—¡El teniente Sullivan! ¿No es cierto, coronel? —preguntó el comandante del aeródromo, verdaderamente entusiasmado.

Danny le miró con sorpresa:

—¿Tenía usted noticias de que venía con nosotros?

—¡Desde luego, señor! ¡Por aquí pasan muchos aparatos yanquis, y las tripulaciones no hablan de otra cosa!... Parece algo así como si esa señorita fuese su mascota, y usted se la hubiese arrebatado...

El coronel se estremeció:

—¿Cómo?

Pero el oficial parecía abstraído mirando a la joven.

—Hay que reconocer que es una criatura preciosa —murmuró—.

¡Le felicito, coronel!

Aquel joven, con su ingenua sinceridad, parecía ya estar llegando a la insolencia. Danny le miró entre iracundo y estupefacto.

—¿Qué está usted diciendo? ¿De qué tiene usted que felicitarme?...

El jefe del aeródromo pareció despertar. ¡Vaya! En su entusiasmo había estado al mismo borde del patinazo. Intentó corregir:

—¡Oh! ¡Nada, señor! ¡Lo que yo he querido decir!...

En los heridos encontró un medio de dar un viraje a la conversación.

—Tengo un pabellón dispuesto para atender a esos muchachos. Los más graves serán evacuados por vía aérea... ¿Le parece bien, coronel Harrik?

Danny contestó con un gesto. Su pensamiento se hallaba entregado a infinidad de conjeturas, a cual más absurda.

Se daba cuenta ahora que su llegada al campo había despertado gran sensación, tanto en las tripulaciones como en las fuerzas de retén.

La tripulación de un aparato americano a punto de despegar pasó muy cerca de Harrik. Se vio claramente que los aviadores daban un rodeo precisamente para aproximarse al británico.

Los tres hombres que componían la tripulación miraron al británico con franca hostilidad. Danny sintió una oleada de ira.

Palideció... A punto estuvo de saltar al paso de los tres americanos y abordarles: «¿Qué les ocurre? ¿Qué tienen contra mí?».

Se contuvo a duras penas. Para disimular su estado de ánimo, se puso a hablar con el jefe del campo sobre cuestiones del servicio. Pero al volverse, vio a Ilse hablando con los tres aviadores. Éstos parecían muy acalorados, y de vez en cuando se volvían a mirar a Harrik.

Por fortuna los yanquis parecían tener prisa. Se despidieron de su compatriota con muestras de gran afecto, y corriendo se dirigieron a su aparato.

Danny soltó un soplando casi tan potente como el que en aquel momento soltaba el aparato americano, que acababa de poner los motores en marcha.

—Vamos a acondicionar a los heridos —dijo Harrik, con voz que denotaba una fuerte tensión—. También he de anunciar mi llegada al Cuartel General...

—¡Ya lo he hecho yo, señor! —se apresuró a decir el otro.

—¿De veras? Ha sido usted diligente...

—Es la orden que tenía...

—¿En qué consistía esa orden?

—En que tan pronto tuviera noticias de que usted entraba en el sector, lo comunicara...

—¡Vaya! Ignoraba que nuestra modesta columna se hallase tan en primer plano...

—¡No lo sabe usted bien! Tanto la Prensa americana como la nuestra no se ocupa de otra cosa... Luego le enseñaré algunos periódicos. Le anticipo que hay mar de fondo, coronel... Tal vez este incidente no favorece mucho las buenas relaciones de los dos países, pero hay que reconocer que es apasionante y, ¡qué caramba! No todo ha de ser guerra a secas...

A partir de este momento, Danny ya no tuvo más afán que terminar cuanto antes lo relativo al alojamiento y manutención de su fuerza, y meterse en el despacho del jefe del aeródromo para ojear la Prensa. Llegó por fin ese momento. El joven oficial puso ante Harrik un montón de periódicos.

Algunos estaban ya doblados por la página que trataba «el asunto de los “Chindits” del coronel Harrik». Ése era el encabezamiento de casi todos los artículos que le mencionaban.

Algunos los había en tono humorístico: «Napoleón en Birmania». «Hitler recibe una lección del coronel Harrik, sobre medidas totalitarias...».

Pero la titular que más le llamó la atención fue la siguiente:

«Necesidades de guerra, impulsan al coronel Harrik a la retención de aparatos.

»Los encantos de una gentil teniente del WAC, le impulsan al secuestro...».

Danny salió del despacho dando la sensación de que era una fiera que acababa de romper su jaula. En una mano llevaba un periódico estrujado.

En dos zancadas se plantó en el pabellón de los heridos. No se equivocó al encaminarse allí. Apenas entrar, se encontró con Ilse.

La muchacha parecía estar esperándole. Parpadeó un poco, y se puso pálida. Desde hacía días no habían vuelto a cruzar la palabra, ni siquiera para cosas del servicio.

La joven le vio venir, como una tromba de fuego que fuera a envolverla.

A un paso de ella, Danny se paró. Le tendió el periódico estrujado:

—¿Quiere explicarme qué significa esto?

Su voz era ronca, henchida de amenazas. En el pabellón reinó el mayor silencio. De todos los camastros les miraban. El sargento Cheycher y el comandante Stevens, los dos de pie, se hallaban un poco distantes, y observaban con gran ansiedad la escena. Eran quizá los dos únicos en el pabellón que conocían con detalle lo que ocurría entre Harrik y la muchacha americana.

—¿Quiere decirme qué se propone usted promoviendo este jaleo? —insistió Danny, al ver que ella permanecía callada.

Ahora Ilse se encogió de hombros, e hizo un gesto displicente.

—No sé... Quizá solamente demostrarle que no siempre se puede obrar sin contar con la opinión pública. En lo sucesivo, espero que no despreciará tanto a la Prensa...

—¡En lo sucesivo, si hay ocasión de ello, voy a hacer que...!

Tronaba su voz en el pabellón. No terminó la frase, porque a

pesar de que su ira parecía ya desbordada, se dio cuenta de que el ayudante del jefe del aeródromo acababa de entrar, con aire de gran ansiedad.

—Coronel Harrik. Le llaman del Cuartel General —anunció:

Danny dio media vuelta, y se encaminó a la salida. En aquellos momentos un gigantesco aparato enfilaba la pista de aterrizaje. Danny le miró distraído, y echó a andar, seguido del ayudante.

A los pocos pasos oyó detrás un grito de entusiasmo. Se volvió. Era Ilse quien había gritado, y quien agitaba los brazos. Detrás de ella se hallaba el comandante Stevens y Cheycher.

—¡Es el «Buen Jimmy»! —gritó la muchacha, lanzándose a correr a través de la pista.

Danny miró al ayudante.

—¿Es cierto?

—Oh, sí. Cuando se dio la noticia de que usted llegaba, el «Buen Jimmy» se hallaba a punto de despegar en un aeródromo de Yunnan... Hace la ruta de «La Joroba»...

—Lo sé —gruñó Harrik.

—De regreso a la India, ha dado un rodeo para saludar a su compatriota... ¡Ya ve usted! Ellos censuran a los británicos, y también ellos hacen lo que se les antoja...

Danny le miró indeciso, sin saber si enfadarse.

—¿De modo que usted cree que los británicos hacemos lo que nos sale de las narices?

Aquello era muy significativo. La campaña desencadenada por Ilse y seguramente apoyada por la tripulación del «Buen Jimmy», había surtido efecto.

Danny entró en el puesto de radio. Se colocó ante el micrófono:

—¡Coronel Harrik, al habla!...

Durante un buen rato Danny estuvo escuchando del Cuartel General entusiasmas felicitaciones por la misión realizada. La construcción de la pista de aterrizaje, la destrucción de vías de suministros y sobre todo, la retención y el desgaste producido en la división japonesa, estaban contribuyendo a que la campaña en Imphal y en Myitkina tomasen un rumbo satisfactorio...

Fue al final de todos estos elogios cuando se le anunció que su Columna, teniendo merecido un largo descanso, debía quedar en el aeródromo para ser transportada a la India por vía aérea. En primer

lugar, los heridos...

«—... Y en cuanto a usted, coronel Harrik, trasládese a este Cuartel General por el medio que encuentre más rápido. Para *cierto asunto* que interesa su presencia...».

Momentos después Danny se presentaba ante el capitán del «Buen Jimmy». Al británico se le antojó que la mirada de Greenly más que de odio, fue de sorna.

—Si va usted a despejar enseguida, solicito un puesto en su avión, capitán...

—Pensando en ello es por lo que hemos venido, coronel Harrik. El teniente Sullivan también ha solicitado plaza para algunos heridos. Naturalmente, he accedido... El «Buen Jimmy» siempre está dispuesto a servir a los «Chindits»...

No hablaron más. El resto de la tripulación no bajó siquiera del aparato.

Danny designó a su sucesor, el oficial que asumió el mando en la posición de los farallones, mientras él efectuaba aquella desesperada salida. Se despidió de la tropa. Luego fue a ver al comandante del campo, para acordar con él la evacuación de los «Chindits». Cuando Danny terminó, vio que el «Buen Jimmy» le estaba esperando, con los motores en marcha.

En el interior del aparato apenas se podía dar un paso; tan repleto se hallaba de heridos. Algunos, al ver a su jefe, intentaron cederle el sitio, pero Danny no lo consintió. Se situó en un rincón de popa, sobre un montón de paracaídas y, con aspecto de estar algo fatigado, cerró los ojos.

Más croe nada lo hizo por no encontrarse con las miradas provocativas que seguramente le dirigía la tripulación. Al entrar Danny en el aparato había visto a Ilse conversando animadamente con el siempre hambriento Bob, el radio, y con Kleim, el mecánico...

El aparato empezó a deslizarse, y Danny siguió con los ojos cerrados. Llevaba seguramente mucha carga, y tardó un poco en remontarse. Por fin lo consiguió...

Llevaban ya unos minutos de vuelo, cuando Danny, sin abrir los ojos, notó que alguien se acercaba.

—¡Coronel! No creo que haya motivo para estar preocupado... Todo podrá arreglarse...

Harrik entreabrió los ojos:

—¡Hola, Stevens!

No le extrañó verlo allí. Sus heridas eran de cierta importancia. Lo único que le sorprendía era que en el momento en que se despidió de él, éste no le dijera que iba a ser evacuado...

Stevens pareció adivinar lo que pensaba su jefe:

—En el último momento, el teniente Sullivan se empeñó en que le acompañara...

—Ya. El teniente Sullivan es en realidad quien decide...

Algo más iba a añadir, cuando reparando en alguien que estaba detrás de Stevens, Danny se incorporó de un salto:

—¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué no has esperado a los últimos? —preguntó, colérico.

Era el sargento Cheycher. Su herida del hombro ya carecía de gravedad.

—Ya le explicaré, señor... —balbució el patizambo.

—¡No es necesario! Comprendo... Ha sido también el teniente Sullivan...

—Sí, señor... Y yo, por mi parte, he hecho cuanto he podido porque me llevara. Yo soy el único responsable de que el teniente Sullivan viniese con nosotros... Si es necesario, perderé mis galones. Pero yo diré claramente que fue debido a mi tendencia a esta porquería...

De su mochila sacó un envase de metal, que desenroscó. Al principio su gesto era de verdadero asco. Pero al quedar la botella destapada, algo alcanzó su olfato, y su expresión cambió. Puso los ojos en blanco.

Tras unos momentos de vacilación, ofreció la botella a Harrik, pero con ademán precavido, pronto a retirar el brazo en cuanto adivinase un movimiento de repulsa por parte del jefe.

—¿Hace, coronel? Se pasa frío aquí arriba...

Danny no apartaba los ojos de la botella.

—¿Quién te ha dado eso?

—El teniente Sullivan... Para que lo reparta entre los heridos.

—Ya —dijo, con sorna, Harrik—. Verdaderamente, no tienes remedio... Dos veces te ha hecho picar el mismo anzuelo. ¿Es con eso con lo que te ha inducido a venir?

—Sí... y no. Ilse está arrepentida de cuanto ha hecho, y quiere

que yo le ayude. Yo puedo atestiguar que...

Danny volvió a arrellanarse sobre el montón de paracaídas.

—¡Atestiguar! ¡No se tocará ese asunto, al menos por mi parte! Espero que por la tuya tampoco...

—Lo que usted ordene, señor...

—Tus galones están en juego.

—Eso es lo que menos importa, señor. Lo que yo quiero es que a usted no le produzca molestias mi «descuido» en el aeródromo de salida...

—No te preocupes. Ahora, reparte ese *whisky* entre los heridos... pero sin catarlo. Ésa es tu penitencia...

—Está bien, señor.

No debía estar muy bien, a juzgar por la cara. De todas formas, Cheycher se dispuso a cumplir la orden. Pero Danny no se sentía de humor para comprobar si el sargento cumplía lo ordenado a rajatabla. Miró a lo largo del avión, con gesto irritado.

En la cabina de mando vio a la muchacha, vuelta de cara a ellos. Por la expresión de su rostro, no parecía ella tampoco nada alegre.

—Vuelva a su puesto, Stevens; se lo ruego... Deseo estar solo.

El comandante saludó, y fue a sentarse en el sitio que tenía reservado cerca de la cabina. El sargento iba de un herido a otro, sirviéndoles *whisky* con la caperuza de la botella. Si alguna vez se encontraba con un herido que renunciaba a su ración, el sargento, tras cerciorarse de que Harrik no le veía⁵ se lo echaba al colete.

Danny había vuelto a cerrar los ojos y, pese a todo, llegó a dormirse. Su organismo, sometido por un largo período a una tensión tan alta, salía ahora por sus fueros...

* * *

Cuando despertó, en el avión reinaba un gran silencio. Muchos se hallaban medio incorporados, y miraban a través del cristal de las ventanillas.

—Estamos cruzando el Himalaya, coronel Harrik —oyó decir a su lado.

Era Ilse, sentada sobre otro montón de paracaídas. Se había quitado la careta de oxígeno, bajándosela a la barbilla.

—¿No se pone la careta, coronel? Vamos a alcanzar los cinco mil

metros...

Danny se había quedado casi sordo, y una gran opresión le ahogaba. Se puso la careta, y durante un buen rato permanecieron callados.

En realidad, Harrik no sabía qué decir. Aquello resultaba indignantemente absurdo.

Lo peor era que la muchacha parecía estar atendiéndole con sincero afecto, con un marcado deseo de conseguir su aprecio.

—No hemos conseguido la altura necesaria... Según el capitán Greenly, nos hemos excedido en la carga —siguió comentando ella.

—Por lo menos, que yo sepa, sobran dos pasajeros: El comandante Stevens y el sargento Cheycher —replicó Danny, procurando hablar con voz tranquila.

Tras un breve silencio, Ilse exhortó:

—¡No sea usted rencoroso, coronel! Queremos ayudarle...

—¿Ayudarme, en qué?

La muchacha hizo un gesto contristado:

—Estoy profundamente arrepentida de haber contribuido a este escándalo... No niego que al principio me sentía irritada contra usted, y que hubiera hecho lo imposible porque usted se estrellara. Pero ahora...

Danny se adelantó, sarcástico:

—¿Piensa usted proponerme para la Medalla del Congreso?

—Hemos convivido en horas difíciles... y sé cuánto vale usted, coronel Harrik. Así se lo he dicho a mis compatriotas, y así pienso proclamarlo ante mis jefes...

El británico hizo una mueca, y, tras una pausa, manifestó:

—Todo esto podrá darse por bien empleado si al menos usted rectifica en lo sucesivo... Una guerra es algo demasiado serio para tomarlo a juego. Puede acarrear perjuicios lamentables... Suponga usted que al agotar las baterías, nos hubiésemos quedado efectivamente mudos y sordos. Nuestros hombres hubieran perecido en la selva... y ellos no eran culpables de que usted fuese una muchacha bonita, acostumbrada a hacer su capricho... También es muy posible que la división japonesa hubiese conseguido reforzar el sector en que precisamente combaten sus compatriotas...

Tras un inciso añadió:

—Esto es lo que quiero que tenga usted en cuenta para lo

sucesivo. En cuanto al escándalo de Prensa, me importa un comino. Yo tenía facultades para retener cuantos aviones llegasen al aeródromo. En los archivos del mando consta la orden del Primer Ministro de mi país, instando a actuar en ese sentido...

Lo que Harrik decía era cierto. Por aquellas fechas, el Premier británico, ante el cariz que tomaba la batalla del norte de Birmania, dirigió varias órdenes al Comité de jefes de Estado Mayor, instándoles a que se retiraran de «La Joroba» cuantos aviones hicieran falta en la batalla.

En el mismo sentido cursó orden para aplazar el retorno de setenta y nueve aviones de transporte destinados al Mediterráneo, donde había una gran operación en curso.

Una de las órdenes dirigidas al jefe del sector sudeste asiático, decía, textualmente:

«Que no se sustraiga de la batalla cuanto usted necesite para la victoria. No toleraré de nadie una negativa a esto, y le respaldaré en todo...».

La situación de Imphal continuaba siendo crítica. Las cuatro divisiones acorraladas continuaban presionando para romper el cerco.

Por la carretera de Kohima, las fuerzas de socorro, una división india y otra británica, pugnaban por abrirse paso.

El mayor peligro estaba en que los recursos de los sitiados se agolaran, antes de que se estableciera el enlace. De ahí la necesidad de un ingente número de aviones para abastecerles...

Se sustraían de la ruta del Himalaya o de donde fuera. «La Joroba», pese a las primeras resistencias, se consideraba ya la reserva normal.

Los americanos habían realizado una brillante acción al apoderarse de Myitkina. Pero ni esta plaza ni Imphal, podían sostenerse sin retirar aviones de la ruta del Himalaya...

—Así y todo —siguió Danny— le agradezco su buen deseo de ayudarme...

Se sentía ya preparado para soportar con tranquilidad de nervios cuantas tonterías se hubiesen dicho o se pudieran decir todavía

sobre aquel asunto. Sobre todo, lo del «secuestro»...

—Sí, le agradezco su ayuda en lo que vale —repitió, con una suavidad que despistó a Ilse, sintiéndose ella confortada—. Únicamente quisiera de usted una declaración a la Prensa... Ya ve con qué poco me conformo, o cuánto valor concedo a la opinión pública...

—Dígame en qué ha de consistir esa declaración, coronel —pidió la muchacha, cada vez más animada, creyendo que el británico entraba al fin en el terreno de la cordialidad.

—Decir, sencillamente, la verdad: Que su belleza no ha influido nada en mis acciones. Que durante el tiempo que hemos permanecido juntos, usted ha sido para mí un soldado más...

Ilse se mordió los labios, y simuló que se hallaba interesada en contemplar el paisaje a través de una ventanilla. Pero el cristal se hallaba tan cubierto de hielo, que era imposible ver nada.

En realidad, lo que quería era que Danny no se diera cuenta de la palidez que cubría su rostro.

—¿Me lo promete? —insistió Danny.

No hubo respuesta de la muchacha. En todo caso, la dio el avión, que en aquel momento, como si cruzase un badén, después de remontarse descendió bruscamente.

Ilse corrió a la cabina de mando. Se notaba allí una gran agitación...

Casi todos los heridos hicieron ademán de incorporarse, mirando aterrorizados a un lado y otro. Las sacudidas siguieron...

La tripulación del «Buen Jimmy» permanecía en sus puestos. El aparato se elevaba, y enseguida caía con gran brusquedad.

Un trozo de hielo se desprendió de la ventanilla que Danny tenía enfrente. Acercó su cara al cristal «perspex». Pero no vio nada.

El aparato acababa de entrar en un banco de niebla. Greenly, con la palanca de mando bien sujeta con ambas manos, no apartaba la vista del indicador de altura. Al fin, hizo un ademán desesperado...

Harrik ya tenía idea de lo que ocurría. A la elevada altura que volaban, las capas de hielo que se formaban en el aparato ponía una sobrecarga que le obligaba a descender.

Les aguardaban pasos a más de cinco mil quinientos metros, entre picachos de más de seis mil quinientos metros de altura.

Cualquier desvío sería la catástrofe. Pero si no volaban con un mínimo sobrante de altura, era casi seguro que cuando menos lo imaginaran se estrellarían.

El coronel, con la serenidad que le caracterizaba en los momentos difíciles, fue rápido en la acción. Saltando sobre los heridos, fue a la cabina de mando.

—¿Qué ocurre, Greenly?

—¡Que nos vamos al diablo, coronel! ¡Llevamos demasiada carga!...

—¡Arroje lastre! —sugirió el británico—. ¿Bastará con tres hombres menos?

—¡No lo sé! —contestó el piloto, probando constantemente los timones de profundidad y dirección, procurando ganar altura—. ¡Pero hay que intentar algo!...

—¡Stevens! ¡Cheycher! —llamó Danny.

—¡Entendido, señor! —contestaron éstos, casi al mismo tiempo.

En unos segundos quedaron equipados para arrojar al espacio. Dos de los tripulantes, el radio y el mecánico, dejaron también sus puestos, autorizados por Greenly.

Algunos heridos intentaron levantarse, pero era una oferta que no se podía aceptar, pues sus heridas les llevarían a una muerte segura, entre la nieve del Himalaya.

La muchacha, intensamente pálida, con los ojos brillantes, observaba los preparativos. Sus ojos buscaban obstinadamente los de Harrik. Al darse cuenta el británico, dijo:

—Sustituya usted al radio.

Bob le oyó.

—¡Sí, Ilse! ¡Siéntese usted en mi sitio! —Y empujó nerviosamente a la muchacha.

La puerta por la que tenían que lanzarse se hallaba ya abierta. El atronador ruido de motores y el soplo estremecedor de las ráfagas de hielo penetraron en la aeronave.

Greenly se removía impaciente en su puesto de mando, forcejeando con la palanca y haciendo funcionar timones.

—¡Deprisa! —gritó desesperadamente—. ¡Vamos a estrellarnos!

Harrik se cercioró de que el barboquejo del casco lo llevaba bien abrochado, y, cogido al marco de la puerta, a punto de lanzarse, gritó, mirando a Ilse:

—¡Cumpla su promesa, teniente! ¡Por una sola vez, diga en la Prensa la verdad!...

Se lanzó al espacio. A continuación, Stevens. Luego. Cheycher. Enseguida el mecánico...

Bob, el radio, no pudo hacerlo porque en ese momento, un golpe en la nuca le aturdió, y quedó ovillado, cerca de la emisora.

A pesar del aturdimiento, aun pudo ver que alguien saltaba sobre él, llegaba a la puerta del lanzamiento y desaparecía en el exterior...

* * *

Greenly se arrellanó cómodamente en su asiento, tan pronto hubo conectado el piloto automático.

Soltó los mandos, y respiró.

—¡Pasó el susto! —dijo a media voz, como si creyera que el simple respiro iba a poner en conocimiento de cuantos iban a bordo la tranquilizadora noticia.

«La Joroba» ya había quedado a lo lejos, con sus caperuzas blancas y sus velos de niebla. Allá delante, a través de la encristalada croa, divisábanse manchones verdes de la selva india...

Cuando el piloto volvió un poco la cabeza, percibió a Bob, sentado en su sitio y con la cabeza inclinada, moviéndola a un lado y otro, como queriendo espantar el sueño.

Recordó de pronto que allí había algo anormal. Los negros minutos del apuro que acababan de pasar aparecieron en primer plano. Greenly recordó perfectamente haber autorizado a Bob a saltar del aparato...

—¿Cómo diablos estás aquí? —preguntó.

Pero sin esperar que el radio le respondiera, el piloto miró con ansia a lo largo de la aeronave.

—¿Dónde está Ilse?

—¡No me la nombres siquiera, Greenly! ¡Maldita sea mi alma! —rugió Bob.

El recuerdo de cierta bofetada que Ilse le propinó un día, en presencia de varios compañeros, acudió a su memoria. Esto acabó de enfurecerle.

—Pero ¿por qué demonios la ha dado conmigo? ¡Ya estoy harto

de pagar los vidrios rotos!... ¡Si no quería quedarse, haberlo dicho claro!...

Greenly se impacientaba:

—¿Quieres explicarte de una vez?

—¿Explicarme? ¡Que me aspen si lo entiendo! Y de pronto, como recuperando todas sus facultades mentales, exclamó: —¡Vaya! ¡Con que se hallaba «bajo la férula del odioso británico»!...

Soltó un gruñido, y añadió:

—Hum... Creo que desde el primer día estaba todo demasiado claro...

Greenly tal vez había entendido demasiado, y no quiso resignarse a ello. Cada vez más enfurecido, insistió:

—¿Quieres decirme a qué obedece que tú te hayas quedado a bordo?

—Quizá por espíritu de «sacrificio» de Ilse... Ella ha debido entender que un operador de radio debía quedar a bordo, y me ha sustituido en el salto. ¡Pero de que forma! ¡Golpeándome en la nuca sin más explicaciones, como si temiera que yo no fuera a aceptar!...

Se repantigó en su asiento, y añadió:

—Si es así, se ha equivocado de plano. Tengo mucho sueño, y dentro de unas horas pienso dormir en una blanda cama... ¡Allá ellos con lo que les espera!...

Miró al piloto. Éste permanecía con gesto sombrío. Una vez más Bob fue inoportuno con su humor:

—¡Bueno, Greenly!... Creo que todos tus planes se han quedado en «La Joroba». El británico ha ganado la partida...

El piloto hizo ademán de volverse, pero se contuvo. Hubo un silencio. Greenly volvió a coger los mandos, y dijo:

—¡Llama a la base, Bob!... Estamos llegando...

EPÍLOGO

El 22 de junio de 1944, el IV Cuerpo encerrado en Imphal y las dos divisiones de socorro, una británica, y otra india, establecieron contacto, y la carretera de la llanura quedó abierta.

Aquel mismo día los convoyes reanudaron su torrente de suministros...

Hacia unos meses Wingate, el creador de los «Chindits», había perecido en un misterioso accidente de aviación. Él día en que en el Cuartel General del sudeste asiático se recibió la noticia de la victoria en Imphal, en el ánimo de todos pesaba el presentimiento de que uno de los discípulos más aventajados del general Wingate, había corrido la misma suerte que el maestro.

Ese discípulo era el coronel Danny Harrik. La Prensa de aquellos días se había lanzado a toda clase de conjeturas, acerca del destino que hubiesen podido correr los «héroes del Himalaya».

En vano durante varios días, salieron escuadrillas de observación. No se halló rastro de los que se sacrificaron por el «Buen Jimmy» y los que iban a bordo...

Y fue la misma noche de la victoria, cuando se recibió en el Cuartel General una llamada de uno de los puestos avanzados en la zona fronteriza con China.

«El coronel Harrik y sus compañeros, han llegado a este puesto. Todos muy extenuados...».

* * *

Tan extenuados, que aun tardaron algunos días en aparecer por

el Cuartel General. Así que, cuando llegó este momento, ya había habido tiempo para que infinidad de corresponsales de guerra estuviesen preparados.

Los cinco héroes —«héroes lastres», según el sargento patizambo tuvo a bien calificar al grupo— empezaron a ser fotografiados antes de descender del «jeep».

Ilse y Danny aparecieron sentados en el mismo asiento delantero. Harrik conducía.

Los periodistas les rodearon. Un reporter yanqui interpelló, en tono significativo, a la muchacha:

—¿Alguna declaración especial para *nuestra Prensa*, teniente?

—¡Oh, sí! —exclamó Ilse, tras mirar rápida a Danny y enrojeciendo—. Tengo necesidad de deshacer un infundio... No ha habido «hechizo» por mi parte... ni el coronel Harrik ha torcido en ningún momento sus decisiones...

Danny rompió a reír en carcajadas.

—¡Ni siquiera ahora que quieres hacerlo puedes decir la verdad!...

Y mirando al reporter, agregó:

—No crea nada de lo que ha dicho el teniente Sullivan... El coronel Harrik ha estado bailando de coronilla desde el primer momento... y llegó incluso al secuestro...

—¡Danny! —le cortó la joven, aterrorizada—. ¿No comprendes que se publicará así?

—¡Y qué importa! También de vez en cuando a mí me gusta soltar algún petardo...

Los altos jefes se acercaban a ellos. Descendieron del «jeep». Tras los saludos de rigor, vinieron las felicitaciones, y la petición de detalles de la odisea a través del Himalaya...

Por fin Harrik pudo hallarse a solas con el jefe de su unidad.

—Creo recordar la última orden que me dieron ustedes. Que me presentara aquí para *cierto asunto*... ¿Llego a tiempo?

El jefe permaneció unos instantes pensativo, como recordando:

—¡Ah, sí! La cuestión de la muchacha yanqui... Puede que haya mar de fondo. Algunos aviadores yanquis se sentían muy ofendidos...

—Comprendo... Y ya veremos de arreglarlo. Para una vez esto esté liquidado, mi general, espero dará curso a esta solicitud...

Y puso en manos de su superior un sobre que contenía algunos papeles. Mientras el general los miraba. Harrik fue en busca de Ilse, y la llevó junto a su jefe.

—Para ganar tiempo —dijo el general, tras un largo silencio y pareciendo que les miraba de manera adusta— daremos primero curso a estas solicitudes. Porque veo que son dos...

Se quedó mirando a la muchacha. Su rostro todavía acusaba los sufrimientos pasados, pero sus ojos resplandecían.

—¡Claro que son dos!... Pues sí: Primero que nada daremos curso a esto. Creo que el que se casen ustedes facilitará las cosas... Por eso, antes de que intentemos ventilar el asunto de marras, convendrá que la boda se haya efectuado...

—¡Estoy completamente de acuerdo, mi general! —proclamó Harrik.

Las mejillas de Ilse se hallaban llenas de rubor. Danny la atrajo hacia sí.

—¿No opinas tú lo mismo, pequeña?...

Los labios de ella temblaron, y sus ojos aumentaron su fulgor.

—Sí, cásen se —siguió el jefe, volviéndoles la espalda—. Ello facilitará las cosas... Al menos al principio...

Y tras un breve silencio, agregó, con sorna:

—De que luego se compliquen, eso ya se encargará de hacerlo la vida...

Pero ni Harrik ni Ilse oyeron esta última sentencia. De todas formas, aunque la hubieran oído, no la hubieran entendido...

FIN



A. Rolcest. En el mundo civil se llamaba Arsenio Olcina Esteve. Como muchos, participó en las contiendas de la guerra civil española y le tocó estar en el bando perdedor. Como todos los escritores de esta segunda España, fue represaliado. Dado que los ámbitos superiores de la literatura le estaban vedados, debió dedicarse a escribir folletines y novelitas del Oeste. Para ello con las primeras dos letras de su nombre y apellidos formó su seudónimo literario *post* guerra civil. Se llamó A. Rolcest.

Nació en Alcoy, provincia de Alicante el 15 de octubre de 1909.

A principios de los años veinte volaban muchas ideas revolucionarias en el aire español y particularmente en el hogar de los Olcina. De éstas se nutrió la vida del joven Arsenio y forjó su visión del mundo y de los hombres. Soñaba con el hombre libre, dueño de su voluntad y su destino. Son sus primeros puntos de contacto con el movimiento anarquista.

Tenía intenciones literarias, heredadas de su padre y se volcó hacia la poesía; pero la dura realidad le dijo que ése no era el camino, que para ganarse la vida debía utilizar su pluma en algo más productivo. Entonces, la puso a oficiar de corresponsal de prensa para diversos periódicos de Alicante y Menorca [El Luchador, Diario

de Alicante, El Bien Público].

Fue en estos donde publicó sus primeros cuentos.

Esta incipiente actividad en el mundo de las letras le acarrearón numerosos problemas con las autoridades, dirigiéndose a Valencia donde vivió algunos años. Allí fue donde en 1932 nació su hija Amalia. Otra integrante de su familia, Amalia Lucila Mataix Olcina (su sobrina) en los años cincuenta y setenta escribió novelas románticas como Lucila Mataix y/o Celia Bravo, fue también autora de literatura de quiosco, dentro del género romántico, y desarrolló una importante labor pedagógica para el mundo infantil.

A. Rolcest fue uno de los escritores más prolíficos dentro del ámbito de la literatura popular, pero a pesar de su volumen y calidad nunca ha descollado con la importancia que merece y con el transcurrir del tiempo se transformó en uno de los autores más injustamente olvidado. Tal vez porque no fue descubierto su trasfondo ideológico, ni entendida la simbología utilizada. No debemos olvidar que recién en la década del 60 se comienza a hablar de semiótica por personas de elevado nivel cultural y las obras de la literatura de quiosco no se consideraban dignas de ser analizadas por esta disciplina. Tampoco el público de masas que leía estas obras estaba muy preparado para analizarlas. Preferían los muchos tiros de Estefanía.